



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD IZTAPALAPA
DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
LICENCIATURA EN LETRAS HISPÁNICAS

SEMINARIO DE TESIS

TITULO DEL TRABAJO

CLAROSCUROS: LA AMBIGÜEDAD DEL PERSONAJE ELENA
BERNAL EN *LOS COLORES OCULTOS* DE ALINE PETTERSSON

AUTORA

MELISA JUÁREZ CASTILLO

(97324733)

ASESORA

MTRA. LAURA CÁZARES HERNÁNDEZ

LECTORES:

DRA. GLORIA PRADO
MTRO. ROBERTO GÓMEZ

MÉXICO, D.F., MARZO DE 2005.

Agradecimientos:

A la maestra Laura Cázares, por haber aceptado dirigir mi seminario de tesis, por la paciencia que le dedicó a la lectura y la revisión de mis textos y por las tardes en las que compartió conmigo, sus enormes conocimientos. Sin su valiosa contribución, no hubiera sido posible la realización de la presente investigación. Gracias maestra.

Al Taller de Teoría y Crítica Literaria "Diana Morán", por el apoyo para obtener la beca del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT).

A Carmen, mi madre, por su apoyo incondicional. A mi padre, por su presencia imprescindible. A mis hermanas, Ángeles y Azucena, por ser cómplices de mis proyectos.

A Iván Mejía Rodríguez, por dejarme habitar en su mirada y por permitir que su alma sea tangible.

A mis amigos, por los ánimos y buena vibra.

A mí, Melisa Juárez Castillo, por la tenacidad y la perseverancia

VOCES

En el boscoso espacio del verbo,
en los parajes umbríos de la mente,
en sabio silencio sonoro
una luz vuela entre el follaje
para tocar el verdor de los musgos
y hacer brillar gotas de agua,
para darle lustre al helecho
y desatar los rumores.

Voces radiantes fulguran
en la oscuridad
del pensamiento.

Inaudibles florecen
ahí donde el ojo no llega,
ni tampoco el oído.
El verbo se fragmenta
-fuego de artificio-
en mil timbres que me hablan.

Detengo el camino
queriendo escuchar los susurros
que han alumbrado
al pasar de mi tiempo.

No existe temor ¡no!
Es prodigio de un conocimiento
que irá a ocultarse de nuevo.

Chispa de luz,
breve instante.

ALINE PETTERSSON

ÍNDICE

CLAROSCUROS: LA AMBIGÜEDAD DEL PERSONAJE ELENA BERNAL EN *LOS COLORES OCULTOS* DE ALINE PETTERSSON

INTRODUCCIÓN.....	5
1. FORMAS NARRATIVAS.....	12
1.1 EL NARRADOR.....	14
1.2 MONÓLOGO INTERIOR DIRECTO.....	30
2. RELACIÓN DE LA PROTAGONISTA CON LOS DEMÁS PERSONAJES.....	42
2.1 RELACIONES PARENTALES.....	43
2.2 RELACIONES “AMISTOSAS”.....	53
2.3 RELACIONES AMOROSAS.....	65
CONCLUSIÓN.....	98
BIBLIOGRAFÍA.....	101

INTRODUCCIÓN

Aline Pettersson es una escritora contemporánea que ha ido adquiriendo importancia dentro de las letras mexicanas en la medida en que su obra va siendo reconocida tanto a nivel nacional como internacional.

Nació el 11 de mayo de 1938 en la Ciudad de México y vivió su infancia entre Veracruz y el D.F., pero será en Veracruz en donde pasará por el suceso que marcará de una manera significativa su vida: la muerte de su tío José Ferrel, quien se suicida y a quien lo encontraron muerto en su habitación ella y su hermano. Este hecho lo retomará la escritora en su producción literaria, como en la novela *Piedra que rueda*, en su autobiografía, *De cuerpo entero*, y en su obra más reciente, *Viajes paralelos*, en la que le dedica un capítulo. La pérdida de su tío fue devastadora para ella, ya que con él compartía sus inquietudes literarias y se sentía plenamente identificada, pues era escritor.

Realizó estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Por ser evidente su talento literario, le es otorgada una beca del Centro Mexicano de Escritores en el período 1977-1978. Posteriormente le dan la beca dentro del Programa Binacional de Residencias Artísticas en Forest Illinois, E.U. El 3 de abril de 1998 es galardonada con el Premio Internacional Gabriela Mistral. De acuerdo con la clasificación realizada por los críticos, Aline Pettersson forma parte de la generación denominada de fin de siglo, a la cual también pertenecen Gerardo de la Torre, René Avilés Fabila, Hugo Hiriart y María Luisa Puga, entre otros.

Muchas personas han rodeado la vida de la escritora, pero son pocas las que contribuyeron de una u otra manera en su crecimiento, tanto personal como literario. Entre estas personas se encuentra la también escritora Josefina Vicens. La importancia de esta

escritora en la vida de Pettersson, reside en que ella fue la esposa de su tío José Ferrel. Pasó mucho tiempo para que Pettersson se enterara de esto, pero cuando lo supo, decidió comunicarse con Vicens para obtener alguna información que le ayudara a responder a las dudas y preguntas que surgieron después del suicidio de su tío. Para ella no fue fácil contactar a Vicens, mas cuando finalmente la conoció ya no pudo separarse de ella. Fue tal su identificación que, en un momento de su autobiografía, dice que Vicens es para ella una madre espiritual.

En cuánto a sus principales influencias literarias, ella reconoce a Virginia Woolf y Marcel Proust. De Proust toma la retrospectión, ya que podemos ver en su obra la importancia que le da al tiempo pasado y cómo lo recrea en la memoria para plasmarlo en su literatura.

Aline Pettersson ha escrito también literatura dirigida al público infantil, algunos de sus libros son: *La princesa era traviesa*, *Renata y sus curitas*, *Fer y la princesa*, *Ontario, la mariposa viajera*, *El papalote y el nopal*, *Clara y el cangrejo*, *Renata y su gato*. En 1990 publica su autobiografía, titulada *De cuerpo entero*. Además, la autora ha incursionado principalmente en cuatro géneros literarios: la poesía, el ensayo, el cuento y la novela. En poesía ha publicado cuatro libros: *Cautiva estoy de mí*, *Enmudeció mi playa*, *Tres poemas* y *Estancias del tiempo*. En cuanto a sus ensayos, los ha publicado en diferentes periódicos y revistas, como: *El Universal*, *Uno más uno*, *La jornada*, *Novedades*, *Revista de la Universidad de Tabasco*, *Revista de Bellas Artes*, entre otros. En 1997 publica un compendio de algunos de sus ensayos bajo el nombre de *Charla a tres voces*. Tiene dos libros de cuentos: *Más allá de la mirada* (1992) y *Tiempo robado* (1999).

Su producción novelística es muy amplia, y comprende: *Círculos* (1977), la cual fue reeditada recientemente por Alfaguara, *Casi en silencio* (1980), *Proyectos de muerte*

(1983), *Sombra ella misma* (1986), *Los colores ocultos* (1986), *Piedra que rueda* (1990), *Querida familia* (1991), *Mistificaciones y Eulalia* (publicadas en un solo tomo en 1996), *La noche de las hormigas* (1996) y *Viajes paralelos* (2002). También participó en la novela colectiva titulada *El hombre equivocado*, en la que comparte créditos con Joaquín Armando Chacón, Gerardo de la Torre, Silvia Molina, Guillermo Samperio, Bernardo Ruiz, Rafael Ramírez Heredia, Vicente Leñero, Hernán Lara Zavala y David Martín del Campo. En el año 2002 se publica *Recuento*, el cual forma parte de la colección “Voz viva de México”, dirigida y auspiciada por la Universidad Nacional Autónoma de México. Al volumen lo conforman obras tanto de poesía como de narrativa de Pettersson. De poesía contiene algunos poemas de los libros *Cautiva estoy de mí*, *Enmudeció mi playa* y *Estancias del tiempo*; de narrativa contiene los cuentos “Las moscas y la leche” y “Un buen tema”, que forman parte del libro *Más allá de la mirada*, en cuanto a sus novelas contiene fragmentos de las novelas *Sombra ella misma* y *La noche de las hormigas*. Además del volumen de la selección de obras, el libro contiene un disco compacto en el que la autora realiza la lectura de los textos antes mencionados.

En su narrativa aborda varios temas, como la soledad, el amor, el desamor, la incomunicación, la rutina, la violencia, la locura, entre otros. Presta atención a algunos rasgos del ser humano que no son visibles, tales como las sensaciones y los sentimientos, como lo señala Gloria Prado:

Los detalles mínimos percibidos por la lupa de la sensibilidad, los olores, los sabores, los sonidos, las imágenes visuales, el tacto, van erigiendo un mundo a partir de la interioridad que se proyecta sobre el escenario de una supuesta realidad exterior que a la vez se retracta sobre la conciencia. La memoria, tejida por jirones nebulosos de recuerdos inciertos, reelabora instantes, situaciones, personajes, historias fragmentadas.¹

¹ Gloria Prado, “El deseo de ser y el esfuerzo por existir: La escritura de Aline Pettersson”, p. 3.

El aspecto de la memoria es recurrente en las novelas de Pettersson, pues en la mayoría de sus personajes se puede ver la constante reminiscencia al pasado, y es a través de recordar que traen al presente los acontecimientos que ya sucedieron, los cuales marcaron de una u otra forma su carácter.

Los personajes que nos presenta la autora en sus novelas, son seres comunes y corrientes, a los que no les sucede nada “importante” en su vida, aparentemente, pero que dentro de sí mismos sufren graves conflictos, como lo señala la propia autora en uno de sus artículos: “Mis personajes no son héroes de guerra o de cualquier otro tipo de acción, de esos que llenan los periódicos a ocho columnas. No, son seres comunes y corrientes [...]”.² Ella explora en lo más íntimo de sus personajes, de esta manera nos permite adentrarnos en su conciencia, saber los conflictos que tienen, sus sensaciones, sus sentimientos y, en un momento dado, su estado psicológico.

En la mayor parte de sus novelas, excepto en dos (*Proyectos de muerte* y *La noche de las hormigas*, en esta última se entrelazan dos historias, una protagonizada por Alfonso y la otra por Ifigenia), los personajes principales son femeninos. Dentro de la gama de personajes que nos presenta la autora, encontramos a la mujer en sus múltiples ocupaciones: estudiante, ama de casa, escritora, pintora, etc. Cada una enfrentándose a una problemática diferente, pero siempre conservando la esencia de su condición de mujer.

En algunas ocasiones han querido ubicar la literatura de Pettersson en la clasificación de literatura femenina, hecho que a ella le molesta, pues le parece erróneo que la literatura se tenga que catalogar como femenina o masculina sólo por tener características que se consideren femeninas o por la temática que se aborde o porque todo dependa del sexo de quien escriba la obra literaria:

² Aline Pettersson, “Las historias de mis personajes no son historias de ocho columnas”, p. 60.

[...] descreo mucho de la forma femenina de escribir [afirma la autora]. No por eso quiero decir que el hecho mismo de ser mujer u hombre no marque el tono de la escritura; pero no sólo lo marca ese hecho, también la idiosincrasia, la genética, y si se es mujer, seguramente habrá rasgos femeninos en la escritura. Pero yo detesto la división entre la escritura de hombres y mujeres, porque las preocupaciones son del ser humano, y todos reímos, pensamos en la muerte, en la soledad, o en razones del orden político o social.³

Aline Pettersson, a través de su literatura, nos brinda múltiples maneras de ver el mundo, a partir de la concepción y la mirada que ella le imprime a cada una de sus obras.

La novela a la que dedicaré la presente investigación es *Los colores ocultos*, ya que considero que no se le ha prestado la suficiente atención de parte de la crítica literaria. El objeto de este análisis es estudiar al personaje principal, Elena Bernal, a partir de la manera en que está construido en la novela. Elegí analizar a este personaje porque en mi opinión presenta características muy peculiares.

El rasgo característico de este personaje es la ambigüedad, que presenta tanto en sí misma como en su relación con los otros personajes. Aunque existen algunos trabajos en los que se realiza una aproximación a este personaje, el enfoque básicamente se inclina hacia el feminismo. Entre estos estudios se encuentra el de Peggy Job, en el cual la crítica apunta que Elena es: “una heroína rara en las letras femeninas mexicanas [...]”. Cuando menciona el término “rara”, se refiere a que nota en el personaje características de índole feministas; pero también se tiene que tomar en cuenta que, en la medida en que se profundiza en la novela, el lector se va dando cuenta que el personaje tiene conflictos que pueden derivar de diferentes situaciones y tener distinta raíz. Silvia Aurora Montalvo le dedica un estudio a *Los colores ocultos*, en el cual se detiene en la estructura de la novela y en la temporalidad, juega un papel fundamental. Elena Bernal es un personaje complejo, y

³ Juan Hernández, “Ser mujer brinda ventajas o desventajas para destacar en la literatura: Pettersson”, p. 4.

su complejidad nos obliga a sumergirnos en el texto para escudriñarlo y tener un acercamiento a la intención con la que fue construido el personaje, plagado de claroscuros y ambigüedades.

En un primer capítulo estudio las voces narrativas: el narrador en tercera persona y los monólogos interiores. Para este aspecto me baso en el texto de Robert Humphrey, en el que se ocupa, entre otras cosas, de explicar los dos tipos de monólogo interior: el directo y el indirecto, y las diferentes formas en las que puede aparecer en un texto literario. También recurro a Gerard Genette para explicar el tipo de focalización que utiliza el narrador para fijar el punto de vista a partir del cual se cuentan las acciones de la protagonista.

Por tratarse de la obra de una escritora, tomo en cuenta las características generales que se presentan en la literatura escrita por mujeres, según los estudios realizados por Silvia Burunat y por Biruté Ciplijauskaitė, los que sirven para explicar la estructura de la novela o los significados que pueden adquirir determinados recursos narrativos.

En el segundo capítulo analizo las relaciones que la protagonista entabla con los demás: sus padres, sus amigas y sus parejas. Para este análisis utilizo los trabajos de Margarita Pisano, Marina Castañeda, Luis González de Alba y Antonio Marquet, ya que me interesa estudiar lo referente a la preferencia sexual del personaje. Como también se plantea un problema mental de la protagonista, aunque no es un tema en el que me detengo ampliamente, recurro a las aportaciones de Laing.

Para comprender las relaciones entre Elena y sus amigas, he consultado a Simone de Beauvoir, quien en su libro *El segundo sexo*, ofrece un capítulo detallado acerca de las relaciones entre las mujeres.

La novela *Los colores ocultos* es quizás la más ambigua de Aline Pettersson. Aunque sólo me detengo en los aspectos antes mencionados, ellos son una muestra de las complejidades que dotan a esta novela de una enorme riqueza.

CAPITULO 1

FORMAS NARRATIVAS

Más adentro,
ahí donde el flujo no alcanza,
donde el ojo no llega,
en ese hueco de la conciencia,
todo sigue:
el perpetuo azoro del
descubrimiento,
el inalterado primer día.
Aline Pettersson, *Selva umbría*.

En la novela *Los colores ocultos* de Aline Pettersson, resulta primordial para la construcción del personaje principal la manera como la presenta el narrador, y como ella se presenta a sí misma, así como también, las técnicas que se emplean para lograrlo. Por ello considero indispensable dedicar a esos temas el presente capítulo.

Al iniciar la novela inmediatamente nos encontramos con un narrador en tercera persona, sin embargo, en la medida en que continuamos la lectura, nos percatamos de la presencia de otra voz narrativa que pertenece al propio personaje principal, Elena Bernal. La voz del narrador se expresa en tercera persona, mientras que la de la protagonista se construye a través del monólogo interior directo, el cual pertenece a lo que se denomina la corriente de la conciencia.⁴

La presencia del narrador y del monólogo interior directo nos permiten: el primero conocer las acciones de la protagonista, el segundo, conocer los pensamientos y los recuerdos del personaje. Para una mejor explicación acerca del monólogo interior, tomo

⁴ Este tipo de monólogo es empleado por Virginia Woolf escritora que la propia Pettersson ha considerado una de sus principales influencias.

como referencia el texto de Robert Humphrey, en donde presenta un análisis detallado de la corriente de la conciencia y sus formas narrativas. La definición que da del término monólogo interior es la siguiente:

El monólogo interior es [...] la técnica utilizada en el arte narrativo para representar el contenido mental y los procesos síquicos del personaje en forma parcial o totalmente inarticulada tal y como los dichos procesos existen a los varios niveles de control consciente, antes de ser liberadamente formulados por medio de la palabra. Debe notarse particularmente que se trata de una técnica para representar el contenido síquico y sus procesos a los varios niveles del control consciente, es decir, que se trata de representar la conciencia.⁵

Además, señala que existen dos tipos de monólogo interior: el directo y el indirecto: Y los caracteriza de este modo:

El monólogo interior directo es el representado con una mínima interferencia del narrador, sin que se suponga la presencia de un oyente [...]

El monólogo interior indirecto es, por tanto, aquel en el cual un narrador omnisciente presenta un material no articulado oralmente como si proviniera directamente de la conciencia del personaje, conduciendo al lector a través del él, ayudándole con comentarios y descripciones. Se diferencia básicamente del monólogo interior directo en que el narrador se interpone entre la psique del personaje y el lector como guía bien informado.⁶

Dos elementos que influyen de manera importante en el desarrollo del monólogo interior son el tiempo y el espacio, ya que en determinados momentos los tres conforman una unidad para lograr un efecto de simultaneidad:

[...] porque la esencia misma de la conciencia exige un movimiento que no es marcado rígidamente por el reloj. Precisa, en cambio, la libertad de avanzar y retroceder en el tiempo, de entremezclar pasado, presente y futuro imaginado. Daiches señala que existen dos métodos para representar este montaje en la novela. El primero es aquel en el cual el personaje permanece fijo en el espacio mientras su conciencia se mueve en el tiempo; el resultado es el montaje del tiempo o la superposición de imágenes o ideas de un momento sobre las de otro. La segunda posibilidad surge, naturalmente, cuando el tiempo permanece fijo y

⁵ Robert Humphrey, *La corriente de la conciencia*, p. 36.

⁶ *Ibid.*, pp. 37 y 41.

es el elemento espacial el que cambia, es decir, que se trata de un montaje de espacio.⁷

En la novela encontramos el primer montaje, pues quien permanece en el mismo espacio es Elena, mientras que su memoria viaja por diferentes momentos de su pasado. A esto Humphrey le llama “ojo de cámara” o “imagen múltiple”, términos extraídos del mundo cinematográfico para denominar los “saltos” en el tiempo en la narración y los cambios vertiginosos de espacios: todo esto para que la vida interior y exterior del personaje pueda ser narrada

Otro recurso de la narración en la corriente de la conciencia es la metáfora, elemento que atrajo la atención de algunos de los reseñistas de *Los colores ocultos*, pues han dicho que en la narración se emplea un lenguaje lírico y que a través de él se logran formar imágenes:

Por utilización impresionista de las imágenes, me refiero a la descripción de una percepción inmediata en términos figurados que tiende a hacer de la expresión de una actitud emocional algo mucho más complejo. [...]
Y por simbolismo entiendo, sencillamente, la utilización abundante de símbolos. Un símbolo no es sino una metáfora truncada, una metáfora a la que le falta el primer término. Se trata, por lo tanto, de un sistema para intensificar la expresividad de una comparación, y es, al propio tiempo, como toda metáfora, un artificio para alcanzar mayores implicaciones de significado. Ambos, imagen y símbolo, tienden a expresar algo de la esencia de la intimidad de la conciencia; la imagen, sugiriendo los valores íntimos y emocionales de aquello que se percibe [...] el símbolo, por su parte, sugiriendo la forma truncada de toda percepción y llevando su significado más allá de los límites ordinarios del mismo.⁸

Según Ralph Freedman, la presencia de imágenes en narrativa es una característica propia de la novela clasificada como lírica, ya que:

⁷ *Ibid.*, pp. 60-61.

⁸ *Ibid.*, pp. 89-90

El concepto de novela lírica es una paradoja. Las novelas por lo general están relacionadas con el relato de la historia: el lector busca personajes con quienes identificarse, acción en la que puede comprometerse, o ideas u opciones morales que él pueda ver dramatizadas. La poesía lírica, por otra parte, sugiere la expresión de sentimientos o temas de figuras musicales o pictóricas. Combinando características de ambas, la novela lírica desvía la atención del lector de los hechos y acontecimientos a un diseño formal. La escenografía usual de la ficción se transforma en una textura de imágenes, y los personajes aparecen como *personae* del yo.⁹

Para la construcción de imágenes, tanto en la poesía como en la novela lírica, intervienen las figuras retóricas como la metáfora, la metonimia, la sinécdoque y la antonomasia, aunque se tiene que señalar que no todas estas figuras se encuentran en *Los colores ocultos*.

Tomando como base a los autores antes mencionados, analizo de qué manera, a través del narrador y del monólogo interior directo se logra construir al personaje principal, así como también los elementos característicos de este tipo de narración. Divido el presente capítulo en dos subcapítulos, en el primero analizo la función del narrador y en el segundo la función del monólogo interior directo.

1.1 EL NARRADOR

A través del narrador en tercera persona se presenta al personaje principal, Elena Bernal; de él obtenemos la mayor parte de la información acerca de la protagonista, por lo que a partir de su perspectiva, el lector construye la imagen de Elena en su mente. El narrador nos presenta la historia de Elena Bernal desde su infancia hasta la edad adulta, etapa en la que inicia la novela. La narración no lleva un orden cronológico, sino que el narrador nos traslada a diferentes momentos de la historia y nos proporciona una visión

⁹ Ralph Freedman, *La novela lírica*, p. 13.

global de la protagonista, llevando como único orden el de la memoria¹⁰ del personaje principal. A través de este recurso, el narrador da cuenta de lo que Elena ha experimentado a lo largo de su vida, rescata, a manera de destellos diferentes episodios de su historia, narrando siempre desde afuera, empleando lo que Gerard Genette denomina como focalización, de la cual se desprenden dos categorías: la focalización interna y la focalización externa:

En la focalización interna, el foco coincide con un personaje que se convierte en el “sujeto” ficticio de todas las percepciones, incluidas las que le afectan como objeto: el relato *puede* decirnos, entonces, todo lo que percibe y piensa ese personaje (no lo hace nunca, porque se niega a dar informaciones no pertinentes o porque refiere deliberadamente esta o aquella información pertinente (paralepsis) [...])

En la focalización externa, el centro se halla situado en un punto del universo diegético escogido por el narrador *fuera de personaje* y que excluye, por tanto, toda información sobre los pensamientos de cualquiera; esa es la ventaja, para la posición “conductista” de ciertos novelistas modernos.¹¹

En *Los colores ocultos* existe sólo la focalización interna, el foco se restringe a enfocar a Elena, sin tener otro tipo de eje que pueda distraer la atención hacia otro personaje. Desde el inicio de la novela el narrador centra su mirada en las acciones de la protagonista, aunque en las primeras líneas no se hace evidente de qué sexo es el personaje que cierra la puerta: “Entonces cerró la puerta con ese golpe rutinario que mide, sin saber cómo, la presión justa que cierra sin golpear, y caminó hasta la penumbra del anochecer.”¹² Aunque esa salida parece ser propia de la vida cotidiana, en la medida en que avanza la historia nos percatamos de que no es así, ya que a partir de ese momento, se nos empieza a narrar la vida de la protagonista, siendo esta salida un detonante para la rememoración. . La mayor parte de los críticos y reseñistas que se han acercado a la novela han dicho que su

¹⁰ Este punto lo analizo más adelante.

¹¹ Gerard Genette, *Nuevo discurso del relato*, pp. 51-52.

¹² Aline Pettersson, *Los colores ocultos*, p. 11. (En adelante me refiero a la novela colocando el número de página al final de cada cita).

estructura es circular, pues inicia y termina con la misma frase, pero ésta es una explicación sencilla. Silvia Burunat señala que si el inconsciente se pudiera estructurar, ella lo haría a manera de círculos, pues: “Si hemos de considerar la mente humana como un conjunto de círculos, el inconsciente sería el círculo mayor y dentro de éste se hallaría el más pequeño de la conciencia. Todo lo consciente ha sido antes inconsciente, mientras que lo inconsciente no necesita de un estado previo, siendo por lo tanto, una función psíquica completa.”¹³ La cita anterior me remite a pensar que la estructura de la novela está ordenada de acuerdo a la memoria, la cual tiene relación con el tiempo cíclico:

El concepto cíclico del tiempo lleva a algunas autoras a usar estructura circular y dentro de ella, círculos más pequeños. Curiosamente, en este movimiento se reúnen dos opuestos: la mujer dando vueltas en la rutina de la que no puede evadirse, y a la vez liberación por el baile, que también significa vuelta a los orígenes, a lo más primitivo, que existía antes de la civilización y de la palabra escrita que han ido quitándole la libertad.¹⁴

Aunque toda la novela esté englobada en un círculo, dentro de la misma existen otros pequeños círculos que abren y cierran un episodio en la vida de Elena. El narrador no realiza esto de una forma lineal, como ya lo he dicho antes, ya que la estructura se presenta a manera de mosaico: “La preferencia por lo interior [...] explica parcialmente la fragmentación que se da en muchas de estas novelas [escritas por mujeres] y que es, en realidad, un fenómeno que ocurre igualmente en las novelas contemporáneas escritas por hombres.”¹⁵ En la narración se relatan diferentes momentos de la vida de la protagonista; en cada uno de ellos va dejando una capa de su esencia, hasta que llega el momento en que se queda vacía, pues no encuentra la manera de llenar el enorme hueco que le deja cada una de las experiencias que ha vivido.

¹³ Silvia Burunat, *El monólogo interior como forma narrativa en la novela española (1940-1975)*, p. 13.

¹⁴ Biruté Ciplijauskaitė, *La novela femenina contemporánea*, p. 209.

¹⁵ *Ibid.*, p. 211.

Considerando al narrador, nos podemos percatar que éste por momentos da la impresión de que Elena Bernal no es de su agrado, al contrario, funciona solamente como un censor de las acciones de la protagonista y, por supuesto, la imagen que da de ella no es buena, por lo tanto se puede decir que el narrador no es neutral. Nunca existe complicidad entre las dos voces narrativas, pues cuando el narrador considera que las acciones de Elena no son correctas, se aleja lo más posible, para marcar distancia entre ambos, para que de esta manera pueda hacer acotaciones a su comportamiento, como lo veremos más adelante.

Existe un punto en el que coinciden tanto narrador como protagonista, y es precisamente cuando los dos mencionan que Elena es torpe: “Pero Elena tenía una gran torpeza para situarse en la verdadera orilla de las palabras, en su ambigüedad.” (p. 25) A la ingenuidad de Elena, el narrador le llama torpeza, cuando en realidad ella trata de creer en todo lo que le dicen, sin percatarse de que posiblemente le están mintiendo. Ésta no es la única ocasión en la que considera torpe a Elena, así la califica también cuando hace referencia a la conducta que muestra el día que conoce a René Dávila: “Elena, torpemente, dejó caer el folleto que René recogió.”(p. 50); “Se sintió tan torpe, tan incapaz, tan poca cosa. Sí, cosa. Sólo eso, cosa.” (p. 73) Pero ¿qué puede decir el narrador, si la propia Elena se autodenomina de esa manera? “Nunca me creí tan torpe.” (p. 474)

Como ya hemos visto, la función del narrador no sólo se limita a contarnos la historia, sino que es un factor importante en el proceso de la construcción del personaje, pues depende de él la dosis de información que le quiera proporcionar al lector. En *Los colores ocultos*, el narrador trata por todos los medios de ocultar algo, pero ¿qué quiere ocultar?

Antonio Marquet apunta que en los relatos de tema homosexual se utilizan, por lo general, los recursos literarios como la alusión, la elisión, el énfasis y el eufemismo. Los empleados por el narrador en *Los colores ocultos* son la alusión y el énfasis. La alusión es

una: “*Figura retórica* de pensamiento que consiste en expresar una idea con la finalidad de que el *receptor* entienda otra, es decir, sugiriendo la relación existente entre algo que se dice y algo que no se dice pero que es evocado.”¹⁶ En cuanto al énfasis, la definición es la siguiente:

Figura retórica próxima a la sinécdoque y a la antonomasia al evitar la expresión de un *contenido* indeseado o peligroso (“*dissimulatio*”) sustituyéndolo con la expresión de un contenido nocivo atenuante, parcial, alusivo u oscuro; ya sea con el propósito de impedir que algún *receptor* comprenda el pensamiento del *emisor* por temor o respeto; ya sea para obligar al receptor a efectuar un trabajo de interpretación.¹⁷

Las figuras de la alusión y el énfasis las encontramos en varios pasajes a lo largo de la novela. El narrador las utiliza para insinuar y esconder el verdadero significado de lo que está narrando. Trata de ocultar las acciones que Elena realiza, sobre todo cuando se encuentra con sus amigas:

Entonces sus recuerdos de infancia, de juegos prohibidos, aquellos que durante años procuraba olvidar al confesarse, se le hicieron presentes. [...] Cuando Isabel se iba, Elena prefería no pensar, no podía darle palabras a los sentimientos de esos instantes, a la seguridad de la amiga, que nunca dudaba y que hacía lo que la vida le ofreciera. (pp. 54-55)

En ocasiones, en la narración se va creando la atmósfera adecuada para preparar al lector en la recepción de las acciones que va narrar en líneas posteriores: “A veces recordó las largas conversaciones de su niñez, de su adolescencia. ¿Será que el mundo va reduciendo sus horizontes mientras más se le camina?” (p. 23) En el momento de la pregunta el narrador funciona como introductor a la pregunta que se hace la protagonista. Elena se cuestiona por qué las cosas cambian de significado en la medida en que pasa el tiempo y cómo la amplia visión que se tiene en la infancia y en la adolescencia se va

¹⁶ Helena Beristain, *Diccionario de retórica y poética*, p. 28.

¹⁷ *Ibid.*, p.171.

estrechando cuando se llega a la edad adulta, hasta que la perspectiva que se tenía previamente cambia radicalmente: “Entonces fueron las horas que compartió con Lila, su amiga de la escuela, su confidente de los pequeños sucesos del presente y de los enormes que el futuro les prometía, pero que ellas con la vehemencia de su edad acercaban, cercaban y vivían con una fuerza mayor a la realidad misma.” (p. 23)

Estos recuerdos se le vienen a la mente a Elena, porque quiere llenar el hueco que le producen las reuniones a las que asiste, en las que experimenta una soledad en compañía, pues se encuentra sola aunque esté rodeada de gente: “Una tarde quisieron descubrir las delicias del amor que les esperaba un poco más adelante y se besaron bajo las ramas de un frondoso pirú, intentando sentir lo que debían sentir después. Pero fue hace tanto tiempo.”(p.24) Es importante señalar que ésta es la única ocasión en la que el narrador cuenta los hechos sin más preámbulo que la acción misma, hace explícito lo que sucede en el encuentro entre las dos amigas, sin embargo, en la última oración, le resta importancia a las acciones, al tratar de decir que esa experiencia es una de tantas que vive la protagonista. Primero deja fluir la idea completa, para después tratar de justificar el acto.

El narrador se tiene que valer de la alusión para continuar disfrazando las palabras: “Pero la historia, la verdadera historia que se iniciaba más allá de las tapas iba destruyendo a la primera, a la narrada tantas y tantas veces. Todo debía ser vuelto a contar, rehecho a partir de aquella frase que ofrecía una plenitud mentirosa.” (p. 26) ¿A qué verdadera historia se refiere? Las líneas anteriores se ubican en el momento en que se está hablando de los finales felices de los cuentos, pero Elena desmiente esto, ya que su vida siempre ha estado lejos de parecerse a un cuento de hadas. Se pregunta por qué no se cuenta la otra historia, la que viven los entes “reales”.

La actividad artística a la que se dedica Elena en su juventud es la pintura; pero ella abandona la escuela al casarse con Carlos y nunca se dedica a la creación pictórica por completo, tomándola sólo como un pasatiempo. En los instantes en los que se ocupa de pintar, crea cuadros que ella misma censura. Nunca se describe alguno de ellos, sólo se insinúa que su contenido no es agradable o que puede ofender a alguien, por eso, Elena prefiere esconderlos para no mostrárselos a nadie. En esto el narrador también deja ver la inseguridad de Elena en cuanto a sus capacidades artísticas:

Algunas veces Elena buscaba al fondo del cajón la carpeta con sus trabajos, los bocetos hechos a lo largo del tiempo. Los miraba y volvían a aparecer sensaciones desvaídas, que de pronto cobraban la fuerza del presente. Con el carbón hacía nuevos intentos para sujetar los instantes. Y no eran los esfuerzos por dejar en un papel la presencia de la vida actual, sino revivir viejas sensaciones que le provocaban una agitación no siempre contenida. Por una especie de pudor, a solas miraba y remiraba sus cuadernos. No se sentía capaz de compartir con nadie el renacer de esas otras capas suyas anudadas a otros tiempos, a otra gente. (p. 30)

En esos cuadros se encuentra plasmado lo que esconde y defiende como suyo; si alguien se hubiera atrevido a verlos, Elena hubiera quedado desnuda ante el espectador, se pondrían en evidencia las preocupaciones y problemas que tenía en su interior. Solamente en una ocasión estuvieron a punto de sorprenderla en el momento en que los observaba, sin embargo, logró ocultarlos a tiempo:

René llegó a entrar intempestivamente y provocarle el desasosiego del niño sorprendido en falta. Entonces, incapaz para decir la verdad con sencillez, inventaba alguna excusa que justificara su intranquilidad, a sabiendas de que probablemente el hombre iba a pensar cosas bastante más complicadas que la verdad misma, *pero para esa verdad carecía de fuerzas*. (p. 31, las cursivas son mías)

En las cursivas, el narrador se refiere a una verdad que, por momentos, llega a confundir, pues como ya se ha visto, en *Los colores ocultos* todo lo que se narra es relativo, así que se complica cuando se quiere acertar a una verdad, pues se tiene que considerar el

contexto en el que se ubica el pasaje al que se hace referencia. La *verdad* se relaciona con el contenido de los cuadros, René la hubiera cuestionado, y Elena no hubiera podido responder, o de haberlo hecho, habría tenido que explicar los motivos que la orientaron a pintarlos.

La cita anterior sirve como preámbulo, ya que en las líneas siguientes se habla de uno de los encuentros lésbicos que tiene Elena con su amiga Isabel. Se tiene que destacar que éstos se realizan cuando ambas son personas adultas y con pareja, con plena conciencia de lo que hacen. Mientras René y Paco conversaban en la sala, Isabel y Elena se encerraban en la habitación de ésta, por eso ellos se preguntaban qué tanto conversaban las dos mujeres, ya que tardaban demasiado tiempo para salir. Estos episodios se dejan en completa ambigüedad; no sabemos, al igual que Paco y René, qué hacen las amigas cuando se encuentran en la habitación de Elena. Es el narrador quien, con un tono ingenuo, trata de quitarle a esos encuentros alguna connotación sexual o “prohibida”: “A veces Elena sentía que la mano de Isabel permanecía más tiempo enlazada en la suya, pero así son las mujeres, se entregan sin miedos al placer de la amistad”. (p. 31) Justificando la sensación que a Elena le produce al entrar en contacto físico con Isabel, menciona que sólo se trata de una simple y llana amistad.

El narrador afirma que Elena lleva dos vidas: la que vive a nivel profesional, en la galería, y la que vive en su casa como madre y esposa:

Ya en casa, incrédula, al haber sido capaz de olvidar esa vida, su vida, la verdadera. (pero, ¿cuál es la verdadera? ¿existe una, la verdadera y otra, la falsa?) Elena dedicaba las tardes a ver crecer a Andrés, que por ese tiempo parecía haber mejorado y estar a punto de llegar el momento preciso de la cirugía. Las tardes de Elena no tenían nada que ver con las mañanas. ¿Cómo puedo ser dos?, ¿cómo puedo? y jugaba con el niño, entre ambos inventaron tantos juegos y la madre igualmente era la bruja con un hechizo terrible, como el hada que le cumplía sus deseos. (pp. 42-43)

La cita anterior se refiere al remordimiento que le provoca a Elena el dedicarse a otra actividad además de ser ama de casa, ya que su hijo se encuentra enfermo. El conflicto radica, fundamentalmente, en que la protagonista, al tratar de romper con los convencionalismos sociales, los cuales asignan al hogar como el único espacio al que puede acceder la mujer, se sale de las funciones consideradas como exclusivas de su sexo, entonces se profundiza en mayor proporción su sentimiento de culpa, pues considera que el trabajar para desarrollarse profesionalmente es un acto egoísta de su parte, ya que conserva la idea de que sólo puede desempeñar una actividad y elegir entre ser ama de casa o profesionalista, pero no realizar ambas. Es aquí en donde se refleja la educación patriarcal que recibe de pequeña: la madre está en casa y el padre sale a trabajar, lo cual muestra que la división de espacios entre los dos géneros: espacio privado para la mujer, espacio público para el hombre. La situación que enfrenta Elena es difícil, el propio narrador, lo señala, cuando dice que en los juegos infantiles entre madre e hijo, ella juega el papel de bruja o de hada, mostrando, de esta manera, los estereotipos impuestos a la mujer, o se es buena o mala, no hay otra opción.

El narrador utiliza el recurso de la alusión al explicar las relaciones que entablaba Elena con otras personas, indicios que nos hacen inferir a qué personas se está aludiendo: "Primero fueron las amistades infantiles, después la adolescencia que la lanzó al remolino de las pasiones que entonces despiertan para nunca cesar. Las charlas la agotaban, *era el placer del descubrimiento*. El temblor interno que sacude el follaje reflejado en la ribera, descubrirse en los otros, según la luz que se criba entre las hojas." (pp. 43-44) Las amistades que ha tenido la protagonista a lo largo de su vida, han contribuido, ya a su crecimiento, ya a alimentar su desorientación sexual, y ella se encuentra oscilando entre una u otra alternativa.

Otro ejemplo en el que encontramos el recurso de la alusión, es el siguiente:

Las dos amigas excitadas revolvían las palabras que las revolvían a ellas también. A veces cobran una intensidad que es casi imposible de sujetar a explicaciones posteriores. Ni signos de admiración, de interrogación, ni puntos suspensivos, ni acotaciones tipográficas de ninguna especie pueden incidir verazmente. Quizá porque ni siquiera reconstruido en la mente es posible explicar nada. *¿Qué sucedió?, ¿qué sucedió entonces?* (p. 44)

En este episodio se condensa un alto grado de ambigüedad, ya que sin querer decirlo, se nos abre la posibilidad de interpretar las posibles acciones que realizan juntas las dos amigas. De alguna manera, el narrador muestra cierta censura al comportamiento de los dos personajes, pues considera que puede resultar “escandaloso” si narra tal cual como suceden las acciones, por lo que prefiere no hacerlo. En cuanto a las dos preguntas retóricas, se plantea la confusión entre la voz del narrador en tercera persona, con lo cual se acentúa la ambigüedad de la novela.

En las ocasiones en que las amigas sostienen relaciones, Isabel nunca habla, siempre guarda silencio, y es a Elena a quien el narrador focaliza:

Los silencios de Isabel fueron tan convincentes como sus labios. (p. 45)
Cómo no viste que tu cabello era castaño y suave, y los dedos se hundieron en esa mata, y tus ojos como la miel, y tus pechos sí fueron pequeños, mientras la mano de la amiga los tocaba. Pero Daniel volvió. La voz de Elena era tan queda, que Isabel nada dijo. (p.47)

Prayad es el personaje cuya presencia llega a incomodar a Elena, pues con él se llega a identificar, ya que en la narración de este episodio, se deja ver que este hombre desde un principio muestra especial interés en René. Esta situación le llega a molestar a Elena, pues aunque no lo demuestre de manera explícita, sabe que se está enfrentando a su propio reflejo y le asusta aceptarlo, aunque finalmente tiene que hacerlo. La última acción que realiza Prayad, desconcierta tanto a los personajes como al lector: les obsequia una fotografía en la cual él aparece al lado de su familia:

Ya para despedirse se acercó suavemente, suavemente como ejecutaba cada uno sus movimientos, sacó su cartera y se dirigió a Elena, quisiera, sino lo consideran un atrevimiento, dejarles esto y sacó una foto, donde aparecía él junto a una mujer y a dos niñas, son mis hijas, dijo, y mis esposa, quisiera que la guardaran como un recuerdo de estos días. (p. 52)

En esa fotografía se encuentran condensadas las apariencias, no en cuanto a Prayad, sino en la propia Elena. A través de este hecho, la protagonista logra identificarse, pues ella sí necesita elementos externos que la ayuden a confirmar que es una persona heterosexual.

El personaje con el que narrador es sumamente cuidadoso es Isabel, pues con ella es con quien la protagonista sostiene una relación que rebasa los términos amistosos. En ocasiones, el narrador adopta un tono ambiguo para referirse a las actividades de la amiga:

Lo que es un hecho es que siempre llegaba Isabel llena de noticias, de aventuras, de encuentros y aunque podía ser muy reservada en cuanto a sus afectos, o quizá mejor, *en cuanto a una serie de actividades que nunca acababan por quedar claras del todo, referencias a sucesos no del todo explicados, relaciones no del todo narradas, en fin, esas cosas que en algunas gentes parecen ser más extraordinarias, por lo que se dice, por lo que se calla*, por aquello que a veces aparece como de lado, el caso es que la vida de Isabel se componía de una serie de pequeños y grandes acontecimientos. (p. 55) (el subrayado es mío)

El narrador focaliza internamente a Elena, para entrar en sus pensamientos y sensaciones. Desde pequeña, Elena se enfrentó a problemas existenciales, fue una niña dotada de una gran dosis de imaginación, ya que pensaba en la posibilidad de abandonar su cuerpo para convertirse en otro ser vivo, en una especie de metamorfosis; tal vez con el propósito de escapar y evadirse de sí misma y del mundo exterior:

De niña, acaso inclinada frente a una azucena, veía crecer el amarillo de sus interiores, las líneas rojas de ese cáliz, entonces se soñaba cambiando de talla, incorporándose a la flor, como si ahí encontrara su sitio.[...]
Elena se miraba, sus ojos puestos en cada uno de los pétalos, en cada uno de los cuadros, entre las palabras de los libros. Inmersa en su trabajo se reencontraba ella con ella. Entonces lo otro no tenía lugar porque Elena dejaba de atender al movimiento exterior. (p.60)

Ya se mencionó que el énfasis es una figura retórica que se utiliza para sustituir de lo que no se quiere decir, por medio de otras palabras o por signos tipográficos. En *Los colores ocultos* se utilizan los puntos suspensivos, que en ocasiones indican la interrupción del pensamiento, aunque también pueden significar silencios, pues el narrador se abstiene de decir las palabras que pongan en peligro la integridad moral de la protagonista.

Evodio Escalante, con respecto al silencio en la literatura escrita por mujeres, dice lo siguiente:

el silencio es la interiorización de la represión y al mismo tiempo protesta en contra de la represión. En un mundo eufórico donde el *falo* y la *fabla* parecieran compartir una misma raíz, el silencio tiene una doble naturaleza: es acatamiento de autoridad y protesta contra la autoridad. [...] Pero la protesta contra la autoridad no sólo abarca, ésta es mi hipótesis, tal como es;[sic] no se refiere solo al entorno familiar y social en los que se encuentra el personaje; también incluye una protesta contra la lingüisticidad que permite aprehenderlo. Crítica del mundo y crítica del lenguaje con el que constituimos este mundo.¹⁸

Si para las mujeres el silencio es un elemento constante en su existencia, para las mujeres con tendencias homosexuales, las cuales prefieren continuar en el clóset, el silencio juega un papel preponderante, pues se refugian en él para anular, primero su existencia como mujer, y segundo para que no se percaten de sus preferencias sexuales. En Elena Bernal este conflicto aparece claramente, pues ni ella misma sabe qué es lo que pasa con su identidad, por lo mismo, nunca le asigna un nombre a esa confusión.

Los silencios en la novela aparecen en forma de puntos suspensivos. Permiten que su interpretación venga de parte del lector, quien de esa manera participa de manera activa durante la lectura. Para ampliar la explicación acerca de los silencios, tomo como referencia lo escrito por Ciplijauskaité cuando menciona que éstos son una característica importante de las escritoras que experimentan nuevas formas de escritura:

¹⁸ Evodio Escalante, “El silencio en la novela femenina”, p.194.

Se vuelve muy importante el papel atribuido al silencio; la mejor novela femenina habla por alusión e insinuación, dejando grandes blancos en el texto. La colaboración del lector llega a ser imprescindible; las escritoras audaces saben que sus libros no serán leídos por el gran público, sino que serán acogidos e interpretados por conciencias individuales, que no les aplicarán criterios estandarizados.”¹⁹

En un encuentro entre Isabel y Elena, en la narración se deja inconcluso lo que estaba contando, entonces los puntos suspensivos, funcionan como apertura a la enumeración de las actitudes y características de Isabel:

Sus gatunos ojos verdes, lo alto de su figura y esa manera de restarle importancia a los hechos de la vida, esa convicción de buscar el gozo, de disfrutar el momento, de decir sí se puede a todo...
Se sintió bien, el contacto de los dedos largos de Isabel la hicieron descubrirse con fuerza. Isabel se lanzaba al agua contra la corriente y conseguía no sólo salir a flote, sino llegar a la orilla, a la orilla que se hubiera propuesto. (p.15)

En la relación entre Daniel y Elena existe cierto grado de ambigüedad, ya que el narrador, la mayoría de las veces, dice que Daniel guarda un secreto del cual Elena llega a enterarse. El narrador se solidariza con Elena, al decir que ojalá ella se hubiera enterado antes con quién se involucraba:

Estaba tan lejana aquella noche en que Carlos y Elena fueron a una fiesta, y ella, entre tantos invitados, emocionada estrechó la mano del hombre famoso, de Daniel Montemayor. Encantada le dijo, y sonrió sin querer abrir la boca, sin saber qué más se le dice a un personaje. Quién le hubiera dicho entonces...Pero quién le hubiera dicho tantas cosas. (p.19)

Líneas adelante, el narrador cuenta (mas no describe) el contenido de uno de los cuadros de Elena, ya que horas después de haber conocido a Daniel, la protagonista llega a su casa y empieza a pintar un cuadro figurativo del pintor: “Después de la fiesta, ya en su casa, esa madrugada sacó su cuaderno y dibujó el rostro y la mano que había tenido un momento en la suya. Pero el llanto de Andrés la hizo suspender su trabajo. “(p.19) Esto

¹⁹ Ciplijauskaité, *op.cit.*, p. 207.

antecede al momento en que el narrador pone en evidencia uno de los conflictos que tiene la protagonista, escucha voces que la desconciertan al grado de llegar al desmayo: “Cuando supo que no a todos les sucedía lo mismo, se asustó. Hasta este momento, y a partir de su niñez, jamás se había cuestionado. Había creído que dentro de cada uno va floreciendo alguna voz sabia, rotunda, dueña de profundos conocimientos, de otras respuestas.” (p.22)

Es importante señalar que en el texto nunca aparecen las marcas tipográficas que nos señalen la presencia de diálogos en la narración, ya que estos forman parte de la misma: “Es que ya no pude, eran demasiado fuertes, me decían cosas, y todo parecía tan claro, tan, tan claro. Isabel, es que yo había comprendido. Pero se me escapó. Estaba tan bien, tan en paz. Y yo te sacudí de los hombros, Elena, me diste tanto miedo.” (p.22)

El colapso lo sufre Elena en presencia de su amiga Isabel, la presencia de ésta pudo haber provocado que la protagonista pasara por ese trance. De alguna manera, las voces que escucha Elena tienen algo que ver con la amiga, por eso prefiere no comentarle nada respecto de lo que le decían esas voces.

Los puntos suspensivos le sirven al narrador para hacer suposiciones, él piensa en lo que habrían pasado si Elena hubiera elegido otro camino diferente al que siguió: “El mundo se le tambaleaba, pesado, complejo, ¿cómo sostenerlo? ¿En qué momento se escoge la vida? La vida, esa que se quiere vivir. ¿Qué hubiera sucedido si...? Una tarde buscó en todos los rincones, fue inspeccionando sus dibujos, para encontrarlos tan pobres.” (p.27)

A pesar de que lo dice el narrador, la protagonista es quien hace acto de presencia a través de las preguntas que se realiza a sí misma. Tal vez la pregunta que le faltó agregar es: ¿qué habría sucedido si las prioridades de Elena hubieran sido otras?

En otro momento de la novela, el narrador nos ubica a Elena en su infancia, cuando ella intenta suicidarse por primera vez y se pierde de sus padres para adentrarse en el mar. En ese preciso instante, el narrador lo explicita:

Cómo saber cuándo el golpe más intenso de alguna ola que le mojó el cuerpo ardiente la devolvió al mundo, silenciando las voces, sin saber ya cuál era el camino de vuelta. Caminó, caminó en una dirección, en la otra. Olvidó su majestad y se llenó de miedo. ¿y si no puedo regresar? ¿Y si ya me dejaron? ¡Y si ya no los vuelvo a ver? Apretó la cubeta, se tendió sobre la arena y se dispuso a morir. Rezó con toda su alma. (p. 41)

Los puntos suspensivos también funcionan como interrupción del acto de narrar, en el texto aparecen estos signos en una reflexión acerca del tiempo: “El tiempo... Pero, ¿qué tiene que ver el tiempo con esto?” (p.45). El narrador oculta tras este signo de puntuación los momentos dolorosos que ha vivido Elena, así que prefiere no decirlos. Esto sucede también cuando Elena recuerda a Andrés: “Pero Andrés...”(p.48), o cuando hace referencia a los años que vivió al lado de su hijo: “Hubo otras tardes...Andrés y yo ilustrábamos los cuentos y nos divertíamos tanto; cuando ya iba a dormirse, su carita sonriente, sus palabras entusiasmadas eran la gratificación de mi día.” (p.48) En este pasaje, es la protagonista quien habla a través del monólogo interior directo. Se nota el contraste entre un recuerdo y otro, mientras uno le produce tristeza, el otro la remite a momentos de felicidad.

Otra ocasión en la que se usan los puntos suspensivos, es cuando se menciona a Lila, amiga de la infancia de Elena y se expresa, con cierta dosis de melancolía, el sentimiento de pérdida: “Elena lo vino a pensar mucho después, cuando Lila había emigrado a otra ciudad, cuando ya se habían extraviado los lazos, cuando Elena...”(p.62) En este episodio el narrador se muestra consciente de la dimensión del tiempo y cómo éste se refleja en los cambios que sufre Elena en la medida en que pasan los años. Una parte de ese no decir se encuentra en el momento en que Elena regresa del viaje a Nueva York que realiza con

Daniel Montemayor, ya que se hace énfasis en la experiencia vivida en ese lugar, la que influye de manera importante en la visión que tiene Elena en visitas posteriores a esa ciudad:

Los viajes que su trabajo le exigía, la llevaron en varias ocasiones a Nueva York y pasó mucho tiempo antes de conseguir la distancia suficiente que no la remitiera al viaje con Daniel, aquel viaje...Promesas que se cumplieron, promesas que la sacudieron empequeñeciéndola, hasta la raíz. (p.67)

La relación con Daniel fue traumática para ella, por un lado, porque tenía que esconderse de todos para no ser descubierta en la infidelidad, segundo, porque vivía en una constante incertidumbre, no sabía hacia dónde iba esa relación.

En las últimas páginas de la novela se nota mayor número de puntos suspensivos, ya que es el momento en que la protagonista se encuentra más desorientada, pierde la brújula de su vida. Hay un mayor empleo del libre fluir de la conciencia, se narra a través del monólogo interior indirecto y directo, ya que el narrador menciona frases sueltas sin una aparente relación. Se pasa de la tercera persona a la primera, para posteriormente dejar a la protagonista en su monólogo interior:

Elena pensó que si organizaba bien las cosas para la cena del otro día podría integrarse a la charla sin tantas interrupciones. Odio quedarme con la conversación a medias, perderme los matices, los ademanes de lo que se dice, con un mero resumen y ya. Trajinar de un lado al otro con la sensación al cabo de las horas, cuando todos se han retirado, de que se me fue la noche, de qué no puedo recordar qué se dijo, de que acaso no lo sé; tal vez siempre se dice lo mismo y las fiestas se empalman en la memoria. (p. 106)

En este episodio se hace referencia a la perfección con la que Elena planea las fiestas, todo para no perderse el tema de la conversación. Sin embargo, el aspecto fundamental es la noción del transcurrir del tiempo y la dimensión efímera que cobra la vida. Las fiestas pierden la importancia que alguna vez tuvieron, para convertirse en algo trivial y cotidiano.

Como ya se ha visto, el narrador se muestra ambiguo al referirse a ciertas acciones de la protagonista, como si evitara una posible malinterpretación, lo que, por otra parte, propicia otra perspectiva en la lectura.

1. 2 MONÓLOGO INTERIOR DIRECTO

Veremos ahora la construcción de Elena a partir de su propia percepción, a través del monólogo interior directo, analizando la visión que tiene la protagonista de sí misma y de qué manera se concibe en cada uno de sus roles, como hija, madre, esposa y profesionalista.

Como ya se ha mencionado, la narración parte del presente para que a través de la analepsis se vayan contando diferentes momentos en la vida de Elena Bernal. Sólo se considerarán los fragmentos en los que se hace explícita la primera persona y en las reflexiones en monólogo interior.

El elemento fundamental para la construcción de la protagonista es la memoria, ya que por medio de su rememoraciones podemos reconstruir lo que ha vivido. De acuerdo con Henry Bergson en palabras de Manuel García Morente:

La memoria es una facultad del alma; la memoria es el alma misma, si es cierto, como hemos tratado de mostrar, que lo característico de la conciencia es la duración pura y que ésta a su vez, no es otra cosa que la prolongación del pasado en el presente. La duración es, ante todo, conservación. En la percepción misma ya hay memoria, ya hay espíritu, ya hay algo más que el contacto momentáneo con la materia.²⁰

Morente señala que Bergson divide en dos categorías a la memoria: memoria del cuerpo y memoria del espíritu o memoria pura:

La primera no es otra cosa que la disposición de mecanismos motores arreglados para funcionar a la primer llamada.[...]
[La segunda] Es la conservación pura y simple, es la duración psíquica misma que, en su proceso de movimiento, organiza lo que acoge y recoge a su paso.

²⁰ Manuel García Morente, “La filosofía de Bergson”, p. 37.

Todo lo conserva sin esfuerzo mecánico por sólo la virtualidad que la define como duración pura.²¹

Los recuerdos de Elena Bernal se encuentran en la memoria pura, ya que rebasan la capa superficial para quedarse en esa otra capa de la que habla la propia protagonista. “Siempre recomenzar, los recuerdos se van integrando en una corriente subterránea, que a veces de tan turbia pareciera no verse, hasta que la magdalena y esas degustaciones los hacen emerger luminosos a la superficie.” (p.77) Esta cita nos remite inmediatamente a la famosa magdalena a la que hace referencia Marcel Proust en su novela *Por el camino de Swan* de la saga titulada *En busca del tiempo perdido*. La magdalena, en la novela de Proust, funciona como detonante para que a partir de su degustación al personaje se le venga a la mente una oleada de recuerdos. Esto es precisamente a lo que se refiere Elena, sólo basta un motivo para que de él se desprenda una serie de remembranzas, como a ella le produce el simple hecho de cerrar la puerta.

Silvia Burunat señala que la memoria es un recurso utilizado frecuentemente por los escritores de la corriente de la conciencia:

El arte de *stream of consciousness*, el novelista sustituye la memoria lógica, que encadena el presente al pasado, por una memoria poética, que reconstruye el pasado como presente. Esta conciencia poética transforma el sentido de la vida, bucea, ahonda en nuestro subconsciente y nos permite acercarnos a las secretas intimidades de los protagonistas. El narrador, en vez de contar lo que el personaje piensa en forma indirecta, se sirve del filtro de la conciencia, como un semáforo psíquico, y todo lo que rumia el cerebro del protagonista aflora en un fluyente monólogo interior. El río de la conciencia se traduce en una sucesión de palabras.²²

La memoria de Elena Bernal nunca funciona como nostalgia o añoranza, al contrario, no todo lo que recuerda es agradable. Los recuerdos que le vienen a la mente como una

²¹ *Ibid.*, p. 41.

²² Burunat, *op.cit.*, p.18.

cascada, sirven para construir al personaje, ya que está constituido básicamente por la rememoración, se logra de esta manera que la novela sea introspectiva.

Elena en los momentos de consternación, por ejemplo, después del accidente de René, entra en una crisis existencial, procura entonces encontrar su reflejo en algo y en este caso lo encuentra en una flor: “Son los lirios, como yo soy Elena. Luces, sombras, tintas, texturas, el concepto del pintor, el del contemplador. ¿Cuál el concepto de Carlos? ¿Cuál el de Isabel? ¿Cuál? ¿Cuál? La mirada que se acostumbra a la iluminación de los objetos. ¿Cuál sería el reflector adecuado? O quizá la voz del actor que habla detrás de la cortina.”(pp.13-14) En ese instante la protagonista toma conciencia acerca del perspectivismo, cómo la podrán ver los otros personajes que la rodean, pues cada uno tiene una imagen diferente de ella, todo depende del tipo de vivencia que hayan compartido. La obsesión (si así se le puede llamar) por la impresión que tienen los otros personajes de ella, puede explicarse por medio de lo que dice Laing; éste la considera como una característica de las personas con problemas de esquizofrenia:

La conciencia de sí, en el uso ordinario del término designa dos cosas. Un percatarse de sí por uno mismo, y *un percatarse de uno mismo como objeto de la observación de otro.*

Estas dos formas del percatarse del yo, como objeto a ojos de uno mismo, y como objeto a ojos de otro, están estrechamente relacionadas entre sí. En el individuo esquizoide ambas están realzadas y ambas cobran una naturaleza un tanto compulsiva. El individuo esquizoide se halla frecuentemente atormentado por la naturaleza igualmente compulsiva del sentido que tiene de su cuerpo como un objeto en el mundo de los otros.²³

Tanto el narrador como la propia protagonista, aún cuando se relacione con los demás personajes se siente marginada, pues no encuentra el lugar en donde poder insertarse socialmente, a pesar de que, en apariencia si tenga un sitio dentro de la sociedad, como hija, madre y esposa. Es importante señalar la obsesión que experimenta por la opinión que

²³ Ronald David Laing, *El yo dividido*, p. 102.

tienen de ella, de ahí que trate de comportarse de manera “correcta” para ser aceptada. Llega así al extremo de nulificarse a sí misma para mostrar la personalidad que los demás construyen de ella. Elena se amolda a los patrones del “tener que ser tal persona” y no “el querer ser tal persona”. Si a esto le aunamos el concebirse como un objeto ante los demás, entonces encontramos a una Elena totalmente despersonalizada, convirtiéndose solamente en “cosa” ante sus propios ojos y los de los otros personajes, como lo podremos ver en el siguiente capítulo.

Para la protagonista, cada etapa vivida es un volver a empezar, renovarse desde la raíz para poder ser otra, pero no lo logra:

Es que las cosas nunca son fáciles, se van repitiendo tanto. Una y otra vez se intentan nuevas estructuras, pero los sentimientos quedan en esa estructura primera, que acaba por imponerse, que permanece incólume, como la arena del fondo del mar, agitada por las aguas, pero siempre allí, sólo movida suavemente solo eso, jamás cambiada. (p. 20, el subrayado es mío)

En la línea subrayada se expresa la circularidad, pues aunque ella realice actividades diferentes, siempre regresa al mismo punto del que partió. En esto también está involucrado el tiempo:

La nueva novela intenta llamar la atención hacia aspectos antes descuidados. En la búsqueda de identidad se descartan lo apolíneo, el logocentrismo, el procedimiento ordenado, prefiriendo la asociación libre de inspiración dionisiaca. Con esto se introduce también una diferente percepción del tiempo; en vez de una exposición lineal, dentro de cánones racionalmente establecidos, se va hacia la sugerencia casi poética o mística y la repetición cíclica.²⁴

Un día alguien le preguntó a Elena si era feliz, ella se cuestionó. “¿Soy Feliz? Soy feliz. ¿Lo soy? ¿Qué es ser feliz? Mientras Carlos conversaba en un rincón de la sala. Debo serlo, y Andrés dormía tranquilamente en casa. Soy feliz. Problemas resueltos, vida apacible.

²⁴ Ciplijauskaitė, *op. cit.*, p.18.

¿Soy feliz?” (p. 24) Elena considera que si tiene una familia, por obligación tiene que ser feliz, ya que en ello están condensadas las aspiraciones que se supone tiene la mujer “tradicional”: esposo e hijos a quienes cuidar. Si ella había abandonado los estudios, tenía que encontrarle sentido a ese tipo de vida, tal vez para no darse cuenta de que se había equivocado en su elección. También se pone de manifiesto los problemas existenciales presente en la novela, ya que no le encuentra algún sentido a vivir en un mundo que está constantemente en contra del ser humano.

La protagonista busca, de alguna manera, desarrollarse a través de lo que hacen los otros, para encontrar la parte de su vida que le faltaba. Verse realizada, personal o profesionalmente, a partir de lo que hacían los demás:

Adecuarse al humor del hombre, adecuarse al resto de la gente, irse perdiendo en lo vericuetos ajenos. Posponer la mirada propia, demasiado sujeta a la mirada ajena. Y es que se otorga mucho más crédito al reflejo en la otra pupila que a la luz del ojo de uno. Hace falta saberse en los otros, porque es imposible saberse así, secamente así, sin un eco que responda, que amortigüe el conocimiento de las trampas que uno mismo se tiende. (p. 30)

El reflejo está íntimamente relacionado con el espejo, ya que éste proyecta la imagen contenida en sí mismo. Respecto al espejo, Ciplijauskaité dice lo siguiente:

La imagen del espejo no se emplea siempre para ilustrar las semejanzas o las diferencias entre las generaciones. Los psicólogos y los psicoanalistas reconocen polivalencia en su función. También las teorías feminista se sirven de él. Puede ser usado negativa o positivamente. Según algunos críticos, la mujer solía verse incluso en el espejo siempre en segundo plano; el primer plano era ocupado por la imagen masculina.[...]

Luce Irigaray, quien ha estudiado la cuestión en todas sus facetas, sugiere en *Speculum*...que en la relación tradicional del hombre con la mujer, el hombre quiere que la mujer no sea más que un espejo, y que la mujer necesita salirse de este espejo, romper su marco para realizar su lucha por la plenitud. Por otra parte, ve posibilidades nuevas: si anteriormente la mujer no era más que “el espejo vacío” que se iba llenando según los antojos del hombre, hoy le incumbe a ella asumir la función de llenarlo. Establece una distinción interesante entre el

espejo convexo –que le había sido impuesto a la mujer- y el cóncavo, el *speculum*, que le permitiría penetrar en su propio interior.²⁵

Elena se ve reflejada en su amiga Isabel, quien funciona como complemento para ella, pues es la única persona con quien se muestra tal cual, sin apariencias ni máscaras. Los momentos que comparten son los más agradables y de los pocos que ella disfruta:

Tan intenso era verme y gozarme en ella, sentir que ella sabía, que no era necesario nada más. Ser, pero hasta el último átomo, encontrarme esa imagen escondida, que sólo te atisba alguna vez, cuando el mundo de pronto se abre, al alcance de la mano, de los ojos, de todos los sentidos, que de cualquier manera, caminan otros caminos. (p.45)

A Elena la despojaron de todo, hasta de su propia imagen, pues lo único que encuentra dentro de ella no le pertenece, ni siquiera se pertenece a sí misma:

¿Pero cómo son las cosas? Si verse es verse sólo en el otro, ¿cómo entonces, se ve uno? ¿Es qué se ve? Asomarse a las profundidades, allá donde se oye el murmullo del agua, pero donde ya no es posible verla, verse. Como si el rostro careciera de imagen. (p.59)

La memoria es parte fundamental en *Los colores ocultos*, como ya lo hemos señalado, ya que en ella se encuentran condensados los recuerdos. Son pocas las ocasiones en las que Elena evoca instantes felices y en ellos siempre está presente Andrés, su hijo:

Cuando se reviven los recuerdos, quizá se rescata la intensidad de algún momento privilegiado en la memoria y solo, como estrella solitaria. Pero las historias pierden su tono. A veces pienso que nuestros recuerdos son como cuadros expresionistas violentos, llenos de color, e incluso de un color que ya no corresponde a la figura, que la rebasa. Hubo otras tardes...Andrés y yo ilustrábamos los cuentos y nos divertíamos tanto; cuando ya iba a dormirse, su carita sonriente, sus palabras entusiasmadas eran la gratificación de mi día. Pero si pienso en esos tiempos, el recuerdo de los labios de mi hijo, verlo recostado, sin fuerzas para jugar, con el trencito inmóvil frente a una estación fantasma, en espera del maquinista, que parecía no llegar nunca. El expresionismo en todo su horror. (pp. 48-49)

²⁵ *Ibid.*,p.78.

Como pintora, Elena hace referencia al expresionismo, vanguardia alemana de finales del siglo XIX. Una de sus principales características es que por primera vez los artistas se atreven a expresar, a través de sus cuadros, los sentimientos y las sensaciones que les producen los cambios vertiginosos que sufre su medio social. Los artistas experimentan la soledad entre la multitud, aspecto que Elena comparte con ellos, ya que a pesar de estar rodeada por varias personas, e incluso en una fiesta o en una reunión, ella se siente más sola que nunca.

En su propia narración, la protagonista va presentando un cuadro expresionista, sobre todo cuando describe los estragos que la enfermedad hacía en el cuerpo de Andrés. Destaca el contraste entre dos momentos, primero muestra el momento feliz, después el triste, provocando en el lector una imagen devastadora.

En ese proceso de rememoración de los tiempos pasados, Elena piensa que algunos momentos ya vividos fueron mejores en comparación con los que vive en su presente, y procura recuperar las partes de su persona que dejó en el pasado para suplir el vacío que experimenta:

Momentos vividos al margen de la vida; autónomos, como manchones de color sobre alguna tela. Acaso vivir sea la combinación de los días de todos los días y los otros momentos. *Puntos que se van uniendo. Seurat y esas cosas. Puntos que con la distancia se transforman en figuras y rellenan huecos, cuando los días ahogan.* (p. 68. El subrayado es mío)

Elena hace otra referencia al mundo de la pintura al mencionar al pintor Georges Seurat (1859-1891), famoso por haber empleado como recurso pictórico los puntos, a lo que los críticos llaman “puntillismo” o “divisionismo”, aunque es más conocido como este último. Los efectos de la pintura realizada con base en la técnica del “puntillismo” no se logran apreciar si el espectador se encuentra a poca distancia, sólo cuando se observa al

cuadro en cuestión a una distancia considerable. Esto se puede aplicar a la construcción de la protagonista, ya que si se observa bien, podemos encontrar que, a pesar de parecer un personaje fragmentado, al unir los fragmentos logramos tener una visión completa de su conformación.

El trabajo que Elena realiza en la Galería de la Plástica Moderna le sirve para entrar en contacto con la actividad artística que estudia en su juventud: la pintura. Para la protagonista, el espacio de la galería representa el lugar en el que se desarrolla profesionalmente y en el que encuentra la manera de recuperar la parte de su persona que hace a un lado al contraer matrimonio con Carlos. Por la misma actividad de Elena, ya hemos dicho que la novela *Los colores ocultos* está permeada de un ambiente propio del mundo pictórico, lo que provoca que Elena cambie la perspectiva que tiene del mundo: “Qué suerte que la galería está en lo alto. Cambia la perspectiva. Se aprecian ángulos escondidos. El mundo se extiende de otra manera mientras Andrés juega en la escuela y Carlos proyecta y construye. Pero los ojos se acostumbran pronto, la sorpresa es vencida por la constancia.”(p. 69)

Otro conflicto en la protagonista se encuentra en la no aceptación de su propio cuerpo, ya que por momentos quiere salirse de él para trasladarse a otro ser vivo o a otro lugar; el cuerpo la limita y por instantes la asfixia: “¿Por qué no puedo dejarme estar yo también, hasta el fondo, sin preguntas y ya ? Sitiada, prisionera de mí, de ese yo de adentro que me hostiliza, mientras René trabaja, sin imaginar el infierno que me vivo.”(p. 79) Podemos notar el desdoblamiento de la protagonista, ella misma se observa a partir de sí misma, pero también sale de su cuerpo para observar su propia persona, tomando distancia entre su yo físico y su yo interior. Con ello encontramos una característica de la esquizofrenia, pues estas personas se visualizan como dos entes, el de adentro y el de afuera.

En el caso de la cita anterior, Elena considera a su yo interior como alguien que no le permite vivir en armonía consigo misma. Vinculado a este aspecto, podemos referirnos a las muñecas rusas y a las cebollas que menciona Elena. En estos dos elementos la protagonista encuentra un reflejo de sí, ya que si ponemos atención a la manera en que se construye al personaje, nos percatamos de que en apariencia Elena puede ser una, pero en la medida en que la vamos conociendo, descubrimos a las múltiples Elenas que la habitan.

Gloria Prado dice que el cuerpo funciona de diferente manera en cada texto, en este caso, el cuerpo funciona como un “escenario en el que [el personaje] padece, sufre, goza, enferma”²⁶ El cuerpo de Elena aparece como escenario cuando en él se empiezan a reflejar los problemas internos que sufre, ve su cuerpo como algo ajeno a sí misma, y no le importan los efectos que en él pueda producir el medio ambiente; un ejemplo de ello lo tenemos cuando realiza un viaje a Acapulco: “Allí dejó que el sol le incendiara la piel, que el agua la refrescara; cuando el calor se hacía insoportable, nadaba hasta el horizonte, salía exhausta para volverse a tender sobre la arena.” (p.99) También se puede atribuir ese conflicto a una de las características que presentan las personas esquizofrénicas, pues consideran su cuerpo como algo que no les pertenece, que les estorba o los aprisiona al grado de asfixiarlos:

En esta posición, el individuo experimenta su yo como si estuviese más o menos divorciado o separado de su cuerpo. *Se siente el cuerpo más como un objeto entre objetos, en el mundo, que como la médula del propio ser del individuo.* En vez de médula de su verdadero yo, se siente el cuerpo como si fuese la médula de un *falso yo*, a la que un yo “interior”, “verdadero”, separado, no encarnado contempla con ternura, diversión u odio, según los casos.²⁷

²⁶ Gloria Prado, “El cuerpo, la violencia y el género en la escritura de Aline Pettersson y Carmen Boullosa”, p. 200.

²⁷ Laing, *op.cit.*, p. 64.

Elena desconoce su propio cuerpo, no es ella quien se mira en el espejo, pues el espejo refleja a una persona diferente:

“Sí, se dijo Elena, soy otra o soy la misma. Tomar un carbón y dibujar un rostro. Buscar, buscar para entonces volver. Eres polifacética, le dijeron. ¿Polifacética?, no, simplemente una farsante que busca la aprobación de...de quien se me acerque. Tomar el carbón y dibujar un rostro. Elena vomitó la noche la noche entera. La luz del día la encontró tirada sobre el tapete de la sala. (p.100)

La protagonista cambia físicamente, con la piel quemada por el sol y con su delgadez extrema provoca que Isabel se de cuenta de que no se encuentra bien, pero lo que más le alarma es lo que dice, que podía ser una o varias personas, todo dependía de qué personalidad quisiera adoptar, a quién quisiera agradar. El personaje primero piensa en lo que quieren los otros, después se ocupa de su persona. A través del vómito, Elena quiere deshacerse de las palabras que ha dicho, de los problemas que atormentan a su ser y no le permiten vivir, por eso desea volver a empezar desde las entrañas, desde la raíz: “Elena vomitó toda la noche. La luz del día la encontró tirada sobre el tapete de la sala.” (p.100), se puede encontrar un evidente contraste, ya que se habla de algo que agoniza en la noche, mientras que en el día nace algo nuevo, Elena despierta renovada, después de haber desechado lo que le hacía daño.²⁸

Gloria Prado se refiere también al cuerpo como un ente herido, amado, detestado, acariciado. En *Los colores ocultos*, el cuerpo de Elena aparece por momentos deseado y por momentos rechazado todo depende del personaje con el que se encuentre. Un ejemplo lo encontramos cuando Elena percibe su cuerpo como algo efímero, pues en la medida en que transcurren los años, el físico va cambiando paulatinamente:

²⁸ Esto me remite a la novela *La náusea* de Jean Paul Sartre, pues también el personaje principal trata de sacar a través del vómito los problemas existenciales que le oprimen la existencia.

Se va viviendo, las visiones se modifican, hasta que llegas a la vista cansada. Vista cansada. Medios anteojos. El mundo que se advierte oír encima de los lentes o a través de los lentes o a pesar de los lentes. [...] No es lo mismo la dignidad de la ceguera que la ridiculez del sostén para los ojos. Pechos caídos. Lentes caídos. Cansancio. Los cambios son tan imperceptibles, un día descubres que el periódico ha disminuido el tamaño de sus letras. Un día descubres que ya no percibes las cosas de la misma manera. (p.70)

En algunas ocasiones la protagonista sufre crisis, pierde la noción de su persona, del tiempo, se queda absorta, perdida en sus mundos interiores, para momentos después recobrar la conciencia y continuar con la actividad que está realizando. Elena no comprende lo que le sucede, solamente sabe que eso no es nuevo, que desde su infancia tiene ese tipo de experiencias: “Creo que me perdí igual que cuando me perdí de niña en la playa, entonces fueron sólo unas cuantas horas. De nuevo las muñecas rusas, unas a otras se contienen, sólo que en este caso, no están vestidas de la misma manera. Es como percatarse que dentro te habita alguien distinto.”(p. 94) Elena se remite al episodio de su infancia en el que se quiere suicidar, se refiere a esto como una pérdida y justifica su comportamiento al decir que no estaba consciente de lo que hacía, que ella puede ser otras personas.

En su constante introspección, observa y piensa cosas que los demás no toman en cuenta o que consideran poco importantes, como, por ejemplo, notar los cambios que sufren las personas en la medida en que pasa el tiempo:

A veces la gente puede parecer otra, verse tan distinta en la primera impresión que de ella se vuelve a tener después de algún tiempo de no verla, cuando la convivencia ha sido íntima, cotidiana. Porque las acciones de cada día recubren tanto a los objetos como a las personas de otras capas que el ojo le confiere más allá de la mera objetividad. Es en ese ver primerísimo cuando se aprehende por un instante minúsculo lo que se enturbia después. (p.101)

Encontramos a la protagonista, desamparada y atormentada por sus conflictos interiores, a los que ni ella misma les trata de poner nombre. Por momentos refleja inseguridad en sí misma y por lo mismo va como un barco a la deriva, sin poder tener

totalmente el control de su vida. El punto en el que coinciden tanto el narrador como la protagonista es en la imagen que proyectan de la propia Elena. Ambas perspectivas reflejan a un personaje inseguro y falto de autoestima, estos provocados por los conflictos interiores que atormentan su vida.

CAPITULO 2

RELACIÓN DE LA PROTAGONISTA CON LOS DEMÁS PERSONAJES.

En un hueco del arcón del tiempo
aguardan imágenes añosas
aguardan papeles que registran
la indiscreción de los pasos
de otras eras del alma,
la fiebre que estremecía la carne,
los territorios vastos del deseo.
Aline Pettersson, *Para siempre*.

El segundo punto que abordo en la presente investigación, es la relación de la protagonista, Elena Bernal, con los demás personajes que también forman parte de *Los colores ocultos*, ya que es uno de los elementos indispensables para la construcción del personaje principal.

Para realizar el análisis de estas relaciones las agrupé en tres bloques: *Relaciones parentales*, en donde analizo el tipo de relación que Elena tiene con sus padres y como ésta influye de manera importante en la personalidad de la protagonista. El segundo bloque lo denominé *Relaciones “amistosas”*, en el que estudio los vínculos que la protagonista tiene con sus amigas Lila e Isabel, pues con cada una de ellas, el personaje experimenta vivencias que le dan otro sentido a su existencia. Finalmente, el tercer bloque lo titulé *Relaciones amorosas*, en él analizo los vínculos de Elena con cada una de sus parejas masculinas: Carlos (su único esposo), Daniel (su amante) y René (su pareja en unión libre). Es importante precisar que en el punto en el que abordo a Elena en su relación con Carlos, incluyo a Andrés, hijo de ambos.

2.1 RELACIONES PARENTALES

La relación de Elena con sus padres es propia de lo que se considera una familia tradicional. La madre se dedica al hogar y a la educación de su única hija, el padre ocupa su tiempo en trabajar, aunque en algún momento se menciona que está vinculado con el ámbito artístico, en este caso, la pintura. A ambos personajes no se les asigna nombre alguno, solo se les menciona como madre y padre, por lo que desde un principio se nos indica que no existe la suficiente cercanía de la protagonista hacia ellos para que pueda llamarlos por su nombre o con otra palabra que refleje cierto cariño hacia las figuras paternas y maternas. Con esto se deduce también que existe una barrera tajante que coloca a cada uno en sus roles sociales, por un lado la hija, por el otro, los padres.

El padre y la madre son dos personajes que aparecen perfectamente delineados e individualizados. Cada uno posee características que los diferencian a uno de otro, independientemente del género. La madre es presentada como un personaje fuerte, incapaz de proporcionarle algún afecto a Elena; sólo en un momento, durante su infancia, la madre actúa como alguien interesado en el mundo infantil de la hija, pero ésta no se siente en confianza con ella, al contrario, la protagonista la percibe ajena a su mundo. Lo único que provoca este acercamiento es que Elena sospeche de las intenciones de la madre:

A veces, cuando era niña y no tenía a nadie con quien jugar, mi madre se ofrecía a hacerlo conmigo. No me gustaba nada, pero no sabía como negarme. Era la concesión del adulto que acepta que tú establezcas las leyes del juego. Yo hubiera querido decirle: no mamá, tú no puedes entrar, mi mundo no tiene tu tamaño, no cabes en la casita que me hice detrás del sillón con alguna sábana vieja. No cabes, mamá, no cabes. ¿Cómo está usted comadrita? Y yo me sentía tan ridícula al percibir una leve ironía en sus palabras. Yo no soy tu comadrita, soy tu hija; y mi casa dejaba de ser mi casa, yo también podía ver que sólo era un trapo extendido sobre el brazo del mueble. Todo me parecía tan tonto, esas palabras no eran las de mi madre, ella jamás llamaba comadrita a nadie en el mundo. Quizá intentaba que no estuviera yo sola, pero me lanzaba al fondo mismo de la soledad. Jamás me atreví a rebelarme, jugaba un tiempo razonable

(la buena educación quizá) y después arrancaba la sábana lo más pronto que me era posible. (p. 94)

En este episodio se establece uno de los conflictos en la convivencia madre e hija; aunque la primera trata de incorporarse a los juegos de Elena, ésta la siente como una invasora del pequeño y único espacio que le pertenece: la casita hecha con mantas. Esto demuestra que entre ellas nunca existe una relación de “amistad”, al contrario, se perciben como enemigas. Un punto a señalar es el silencio de la niña; cuando no le agrada la permanencia de la madre en su casita, no le dice nada, aceptando de esa manera su presencia. Es a partir de este momento cuando la niña proyecta la educación adquirida, se le prepara para tolerar las cosas que no le parecen y a aceptarlas sin decir absolutamente nada. La presencia de la madre no es más que una ausencia, pues en lugar de sentirse acompañada, la niña experimenta la sensación de soledad profunda, percibiendo, como más adelante lo señala la propia Elena, la soledad en compañía. Probablemente, acostumbrada a estar sola, se siente mucho más acompañada con su propia persona.

La relación entre los dos personajes es áspera, no hay indicios que muestren alguna razón por la que sean cordiales una con la otra. Llegan al grado de materializar las esperanzas en un cambio de casa: “Mamá, estoy segura que en esta casa vamos a ser felices, había dicho la niña, Elena, cuando llegó con su familia a una casa nueva, verás que aquí voy a estudiar muchísimo, que aquí nadie se va a enojar, que nunca vas a regañarme. Si todo brilla tanto y es tan bonito.” (p. 20) La protagonista, desde pequeña, presenta el dilema del eterno retorno,²⁹ partir de un lugar para llegar al mismo; repitiendo las mismas situaciones, en este caso, por la casa nueva, ella cree que con cambiar de entorno todo va a

²⁹ Más adelante, Elena mencionará el mito de Sísifo.

ser diferente, sin embargo, no se puede borrar todo lo vivido en el lugar anterior para empezar desde cero, pues ella misma repite las mismas acciones en la nueva residencia. Pero si se toma en cuenta la posibilidad del cambio, la ilusión de poder empezar de nuevo, existe la posibilidad de que sólo ella pueda lograrlo, mas sería en vano, porque es imposible cambiar a las demás personas, en este caso, su madre. Tal parece que la niña asume toda la responsabilidad de la relación fallida entre ellas.

Es importante señalar que de niña, Elena se siente extraña a todo lo que la rodea, incluyendo su propia casa, pues ésta no le pertenece. La misma sensación se repetirá al encontrarse con sus padres; ellos no la incluyen en su vida, por eso la protagonista nunca tiene la seguridad de que en verdad signifique algo importante para ellos, pues no se menciona en ningún momento que le hicieran alguna caricia, ni siquiera cuando dormía con ellos, pues en esos instantes la ignoraban:

En esos domingos de la niñez, Elena se escurría calladamente bajo las sábanas del lecho de sus padres. La tibieza de la tela, de los cuerpos, le daba calor a sus pies descalzos. Calor que no le pertenecía, del que quería apropiarse, y poco a poco, sus ojos abiertos tan de mañana, se fijaron en el dibujo de la cortina, sobre las persianas no corridas del todo. Sus padres dormían. Ella observaba las imágenes cambiantes por encima del diseño conocido de la tela, y que ya nada tenían que ver con él. *Elena, cómplice de las voces que de dentro le murmuraban, cambiaba de dimensiones hasta introducirse allí mismo, donde otro mundo le abría sus linderos para acogerla.* El tiempo... pero, ¿qué tiene que ver el tiempo con todo esto? Elena lo vivía tan de otra manera, acompañada por la respiración honda de sus padres. Era tan agradable, allí comprendía perfectamente. ¿Comprendía qué? Sólo comprendía. (p. 45)

Los recuerdos de sus padres le vienen a la mente como algo lejano, vivencias de las que no forma parte, como se puede notar en la cita anterior. Elena trata de integrarse al núcleo familiar al que cree pertenecer, pero se siente excluida, se percata de lo sola que se encuentra por lo que prefiere refugiarse en sí misma, cubrirse con su caparazón para que el mundo exterior no le haga daño, sumergiéndose en su mundo interior, en el cual las voces,

los murmullos, fungen como compañía, obligándola a abandonar lo tangible: “No era algo que pudiera controlar, es que ni siquiera se daba cuenta. En momentos así, su reflejo no estaba en los otros, sino en ese mundo que aunque no pudiera nombrar se erigía en su interior. Como años antes, las cortinas del cuarto de sus padres, como tantas otras cosas.” (p. 60)

En otros momentos también se siente excluida de la vida de sus padres, a los cuales se aproximaba sigilosamente al grado de que ellos no se percataban de su presencia.

Elena recordó una noche de su niñez en que despertó de pronto al escuchar la música del tocadiscos y vio a sus padres bailando solos y a media luz. “Volver a empezar.” No, volver a empezar. Caer al pozo. Y los vio tan diferentes, tan lejanos, tan ajenos, que muy quedito volvió a la cama, con la certeza de que el sitio estaba lleno, de que ella no tenía cabida. Extranjera siempre. (p. 68)

En este caso, la protagonista es quien se margina, pues no hace el intento por acercarse a ellos para que sientan su presencia. Sin intentarlo abandona el lugar, convenciéndose a sí misma de su no presencia en ese espacio, transformándose de esa manera en una especie de fantasma. La presencia de la pareja impone una barrera que a Elena le es imposible derribar, el núcleo está completo, por lo que prefiere darse por vencida.

La sensación de sentirse extraño o ajeno a su entorno, es una característica de los niños con tendencias homosexuales, como lo señala Marina Castañeda citando a Richard Isay³⁰:

Todos los hombres homosexuales que he visto informan que desde los tres o cuatro años se sintieron diferentes de los demás niños. Describen esta sensación como haber sido más fácilmente puestos a llorar, haberse sentido lastimados más fácilmente, haber tenido intereses estéticos y haber sido menos agresivos

³⁰ Es importante señalar que ella se refiere sólo al caso de los hombres homosexuales, sin embargo, esto lo encuentro en la protagonista de la novela, lo cual demuestra que no es exclusivo de un solo género, pues se puede encontrar en ambos sexos.

que los demás niños de su edad. Estas diferencias hacen que los niños se sientan como intrusos [*outsiders*] en relación con sus compañeros, y con frecuencia también con su familia.³¹

El incidente que refleja claramente la manera de relacionarse con la madre, sucede cuando Elena se pierde en Veracruz, en la playa. La actitud materna ante esta situación es una mezcla de preocupación y reproche, pues la manera como trata a Elena, en lugar de reconfortarla, le produce miedo:

Elenita, ¿dónde estabas?, me tenías vuelta loca de miedo, mira que casi nos matas del susto, y los brazos que la acogieron, una vez seguros, la zarandearon con fuerza, la mirada preocupada se endureció. En Veracruz hay tantos tiburones, te dije que no te alejaras. ¿En dónde te metiste, niña? Pero hay veces que las cosas carecen de explicación. Fui a juntar conchitas. ¿Conchitas?, ¿tanto tiempo? (p. 40)

A la madre no le preocupa en dónde había estado Elena, sino el peligro al que había expuesto la estabilidad de la familia. Por lo mismo, Elena no siente la confianza suficiente para decirle lo que pretendía hacer (aunque a su edad no se está muy consciente de ello): suicidarse. A pesar de las preguntas que le hace su madre, ella prefiere elegir las respuestas más sencillas para no provocar un altercado mayor.

Tal vez los acontecimientos antes mencionados no sucedieron de esa manera, sin embargo, Elena le otorga a cada uno de ellos tal importancia y relevancia que los hace cobrar otras magnitudes. Tomando en consideración lo anterior, debo remitirme otra vez al estudio realizado por Castañeda, en el cual explica la manera cómo las personas con tendencias homosexuales consideran los momentos vividos con otras personas:

[...] para los homosexuales los juegos infantiles, la escuela, las relaciones familiares, el primer enamoramiento, pueden haber tenido significados muy diferentes. Alguna amistad que pasó inadvertida para el otro puede haber sido, para ellos un acontecimiento histórico. Alguna celebración familiar de la cual no se sintieron parte puede volverse, para ellos, un recuerdo triste, y no festivo.

³¹ Marina Castañeda, *La experiencia homosexual*, p.60.

Asimismo, el primer año tiene un significado muy especial, para los homosexuales, porque para muchos de ellos representa la primera relación de su orientación.³²

Para Elena ciertos momentos de su vida dejan huella en su alma (y son los que recuerda), aunque para los otros personajes los mismos acontecimientos no sean tan significativos, como lo podemos constatar cuando la madre se opone a la relación amistosa entre Elena y sus amigas, Lila e Isabel. Para la madre esto puede significar el bienestar para la hija, pues considera como mala influencia la amistad de Elena con ellas, sin embargo, esta oposición para frecuentar a Lila e Isabel, para Elena significa una intromisión en su vida privada y en su libre elección. En esta circunstancia sucede lo que Simone de Beauvoir señala con respecto a las relaciones entre madre e hija:

Madre apasionada o madre hostil, la independencia de la hija arruina sus esperanzas. Se siente doblemente celosa: del mundo que le arrebató a su hija y de su hija, que al conquistar una parte del mundo, se la quita. Estos celos recaen al principio sobre las relaciones de la hija con su padre; [...]
Detesta sistemáticamente a las amigas en quienes su hija busca ayuda contra la opresión familiar y que “se le han subido a la cabeza; las critica, prohíbe a su hija que las vea con demasiada frecuencia y hasta toma como pretexto “su mala influencia” para prohibirle radicalmente que las trate.³³

Esto no sucede exactamente con Elena, lo que hace la madre es tomar una actitud fría y agresiva cuando la protagonista lleva a sus amigas a casa. Es curioso, pero en la novela nunca se menciona la presencia de amigos, solamente amigas, lo que me hace pensar en cómo Elena pudo relacionarse con sus parejas masculinas. Probablemente la madre en ese aspecto fue más flexible, ya que de esa manera puede estar tranquila con respecto al peligro que pudiera sentir en relación con las amigas de su hija. Con todo y que su madre se

³² Castañeda, *op.cit.*, p. 71.

³³ Beauvoir, *op.cit.*, pp. 505-506.

opone, Elena continúa tratando a sus amigas, sin dejar de tomar en cuenta las actitudes de su madre:

No es que su madre se lo hubiera dicho en tantas palabras, pocas veces era directa. La estrategia consistía en el abordaje de costado. Dejar caer una frase, una palabra, un gesto, que Elena comprendía, aunque pretendiera no darse por enterada. Ese lenguaje era claro. Primero con Lila, su lejana amiga de la infancia, aquella junto con quien se desgastaron las suelas de los zapatos en un andar sin rumbos. Andar, para dejar andar los sueños. Con Lila la actitud de la madre fue tan fría, tan cortante, como más tarde lo fue con Isabel. (p. 62)

Es inevitable no percatarnos del tipo de comunicación entre la madre y la hija, ya que ésta consiste sólo en el lenguaje corporal, pues la madre piensa que con sus actitudes, Elena intuye lo que su madre desea, dando por hecho que el mensaje corporal es recibido y entendido por la hija.

En el estudio titulado *Idéntidades lésbicas y cultura feminista*, se señala que la comunicación a través del lenguaje corporal es propio de las relaciones de la hija con tendencias lésbicas con su madre: “Muchas de las mujeres entrevistadas reportan sin excepción cómo aprendieron de sus madres al interpretar sus silencios, cómo tuvieron que aprender a develar los códigos de las miradas y de los gestos que constituían el lenguaje materno, a través del cual fluye la transmisión de conocimientos madre-hija.”³⁴ De acuerdo a este mismo estudio, el silencio evita exponerse al escarnio que hace la sociedad a las personas con tendencias homosexuales, ya que si hacen evidentes sus preferencias sexuales de alguna manera, son señalados o marcados por su familia y por su medio social.

¿Por qué su madre se opone a la relación de Elena con sus amigas? ¿Acaso el peligro no es con el sexo masculino? De la cita anterior se deduce que la madre considera a Elena como una persona a la que se le puede manipular fácilmente, sin que oponga resistencia. Lo que resulta interesante es la manera en que la madre trata de ahuyentar a las amigas, pues

³⁴ Angela Alfarache, *Idéntidades lésbicas y cultura feminista*, p. 207.

nunca le dice a Elena lo que le molesta de cada una de ellas, se limita a frustrarles su estancia en la casa o hacerles pasar un mal momento con sus comentarios, pero sobre todo a molestar a Elena. Aunque también existe la posibilidad de que la madre tampoco tuviera argumentos razonables para no querer a las amigas de su hija. Sin embargo, pese a todo lo anterior, también se tiene que considerar otra opción, que consiste en que la conducta de la madre es propia de su personalidad y que en realidad nunca quiere alejar a las amistades de la hija y su propósito solamente sea el protegerla, pero esto no lo ve así Elena, pues el miedo a que se descubran las actividades que realiza con Lila, de alguna manera le hace ver cosas que no existen tal y como ella las percibe.

La imagen que se nos da de la madre es de una personalidad represora, aspecto que deja cicatrices que nunca sanan en la protagonista, logrando que en la medida en la que pasa el tiempo, Elena adopte las misma actitud, aunque con una gran diferencia, la protagonista no reprime a nadie, la represión la ejerce en contra de ella misma, al no permitir salir de su cuerpo a la “otra” Elena que la atormenta a lo largo de su vida: “Se dice que los seres humanos durante la adolescencia se lanzan a demoler el edificio de los padres. Sacudir muros y cimientos para emerger algo más libres, con las sentencias matizadas ya en el interior. [...] Elena perdió esa batalla, y su vida se fue siluetando en escaramuzas.”(p. 63) Para ella, la presencia de los padres es tan fuerte que nunca pudo tomar las riendas de su vida, tal vez el hecho de ser hija única provoca que toda la atención se dirija hacia ella, sin permitirle respirar (aunque Elena dé la impresión de que para sus padres no era importante). La asfixian de tal manera que terminan por anularle la personalidad.

Cuando se habla de su padre, podemos percatarnos de que es un personaje en cierta medida ausente de la vida de la protagonista, lo cual provoca que ella crezca con una sensación de vacío, pues al carecer de una figura paterna fuerte, Elena trata de buscarla en

otra parte, pero nunca la encuentra. El problema de las relaciones entre padre e hija, Christiane Olivier se lo atribuye a ciertos factores, dentro de los cuales se encuentra involucrada la madre:

Es impresionante ver el grado de idealización del padre al que llega la mayoría de las mujeres, en comparación con la imagen sumamente negativa de la madre, y no importa cómo haya sido ese padre. Y si ese padre, por alguna razón muy ostensible, no puede ser magnificado, su hija se vuelve depresiva, quizá suicida, porque entonces se queda sin alguien que represente una respuesta, aunque fuera ideal, a su feminidad. La falta de mirada masculina en la infancia de la niña la hará *esclava de esa mirada* por el resto de sus días... Y la falta de imagen en el espejo materno, hará que la niña esté dispuesta a adoptar todas las imágenes que se le propongan: se disfrazará.³⁵

Esto es exactamente lo que le sucede a Elena, como lo veremos más adelante, ella trata de encontrar con cada uno de los personajes masculinos el factor con el que pueda llenar el vacío que deja la presencia del padre.

Aunque en un principio su presencia se marca de manera importante en la personalidad de Elena, esa importancia se va diluyendo hasta quedar nulificada, imponiéndose la presencia de la madre. De acuerdo con las características que se nos proporcionan del padre, se puede señalar que resulta todo lo contrario de la madre; mientras que él impulsa y motiva a la hija para que se dedique a la pintura, la madre le resta importancia a las inquietudes artísticas de ella, diciendo que es una pérdida de tiempo y que se debería dedicar a lo que ella considera que son cosas importantes. ¿Se refiere acaso a las actividades consideradas exclusivas del sexo femenino? A pesar de la oposición de la madre, el padre y la hija la ignoran, pero el tiempo de alguna manera le da la razón, pues Elena termina por abandonar los estudios para dedicarse a lo “importante”, al hogar:

Píntame una casita, papá, como en los cuentos. Pintémosla juntos. Pero no es lo mismo un pasatiempo que una actividad seria. Por eso se opuso tanto mamá a

³⁵ Christiane Olivier, *Los hijos de Yocasta*, p. 138.

que papá me enmarcara la acuarela, tú la empujas a algo de lo que vas a arrepentirte. No le des alas, que pinte, sí, pero que no descuide otras cosas.
(pp. 87-88)

Es importante señalar que a pesar de que sus padres notan el retraimiento en el que vive Elena, no hacen nada para aliviarlo, pues lo consideran como una característica propia de su personalidad, sin darle mayor importancia: “Tienes la cabeza llena de musarañas, Elenita,” (p. 87) le dice en alguna ocasión su padre; “Está siempre distraída. Ya se le pasará.”(p. 88), lo confirma su madre.

Durante su infancia, Elena entra en contacto con la literatura a través de los cuentos que le narra su padre, los cuales marcan para toda su vida a la protagonista, pues crece con la idea del “final feliz“, contado en varias ocasiones por su padre; esto produce conflictos en Elena, pues en la medida en que pasa el tiempo se da cuenta de que en la vida real eso no existe. Sobre esto la protagonista hace constantes reminiscencias al llegar a la edad adulta. A pesar de todo, Elena continúa con la tradición tanto oral como escrita, contándole cuentos a Andrés, su hijo, para que de esa manera crezca dentro de la misma burbuja en la que ella lo había hecho, aunque al crecer, ésta se reviente para darle paso a la realidad: “Acaso le contaron muchos cuentos durante la infancia, quizá ella repitió la historia con Andrés. [...] El peso de tantos cuentos de hadas se le incrustó tan hasta el fondo, que la dispuso a esperar la pócima mágica.”(p. 26)

La infancia y la adolescencia de Elena resultan marcadas por la educación recibida de parte de sus padres, de eso deriva que crezca con cierta ambivalencia, por un lado su madre, presentada como una mujer posesiva y autoritaria, y por otro lado el padre, como un personaje comprensivo y atento, pero débil, incapaz de lograr un equilibrio con respecto a la educación de la hija. Considerando lo anterior, me puedo remitir al texto de Antonio Marquet, cuando habla de los padres de los personajes que muestran preferencias

homosexuales, aunque en el caso de *Los colores ocultos* sólo se insinúe alguna inclinación del personaje hacia el lesbianismo: “Los personajes recurrentes en el relato gay son el partenaire amoroso o sexual; los padres particularmente débiles, ausentes o caracterizados como ogros iracundos y agresivos, [...]”³⁶ Esto no sucede exactamente con la protagonista, ya que sus padres aparecen caracterizados con ciertos matices. La madre no es totalmente un ogro y el padre no está del todo ausente de la vida de Elena, al contrario, él forma parte importante en su educación a pesar de las opiniones de su esposa y aunque su presencia se diluya con el tiempo.

A los padres de Elena sólo se les rememora en relación con el periodo de la infancia y adolescencia de la protagonista, pero en todos los sucesos de la etapa adulta, tanto el narrador como la protagonista los anulan. Sin embargo, esto no quiere decir que de todo lo vivido con ellos Elena haga tabla rasa, pues como se verá más adelante, la educación adquirida en su infancia marca su personalidad y la manera cómo se desenvuelve en su medio social, por lo que sus padres nunca dejan de estar presentes en su vida.

2.2 RELACIONES “AMISTOSAS”

Los personajes con los que Elena Bernal establece una relación amistosa son dos, ambos del sexo femenino: Lila e Isabel. Con ellas, la protagonista logra identificarse, porque son de la misma edad y por afinidad de caracteres. Sobre la amistad entre mujeres se han realizado algunos estudios, entre los que se encuentra el de Beauvoir, quien en su libro *El segundo sexo* aborda este tema:

[...] la mujer es sujeto absoluto de deseo; por eso en los liceos, en las escuelas, en los pensionados, en los talleres, florecen tantas “amistades particulares”; algunas son puramente espirituales, otras intensamente carnales. En el primer

³⁶ Antonio Marquet, “Marcas de género en el relato homosexual”, p. 539.

caso, se trata, sobre todo, de abrirse el corazón entre amigas, de intercambiar confidencias; la más apasionada prueba de confianza consiste en mostrar a la elegida el diario íntimo; a falta de abrazos sexuales, las amigas intercambian manifestaciones de extremada ternura, y a menudo, mediante un rodeo, se dan una prenda física de sus sentimientos; [...]”³⁷.

Mientras, por otro lado, Margarita Pisano aborda la misma cuestión, pero ahora refiriéndose a la vertiente lésbica:

Las mujeres tenemos siempre una amiga íntima, una otra que nos contiene, una aliada y es con ésta que se cruzan nuestros pequeños incidentes lésbicos, inmediatamente negados. Esta negación se enraíza en la sensación de terror de descubrirse pensando o sintiendo la pasada del límite de lo permitido en la formación de los modelos de la erótica y la ética/moral establecida. Se paraliza ante la sanción inminente del sistema, se niega a sí misma, para no ser denegada dos veces por el patriarcado: una por ser mujer y la segunda por ser lesbiana. Otras no tantas que rehúsan cumplir con el comportamiento esperado, son las minorías rebeldes que nos hacen valientes, son las que transitan y asumen el lesbianismo y aquellas que se abren a comprenderlo de verdad. Una gran parte de los problemas que tenemos para hacer amistad entre mujeres pasa por esta pasión/deseo de conocer/nos, esta pasión no reconocida, no historiada, ni aceptada aun en los niveles más profundos de nuestra conciencia. La pasión/deseo al ser negada y constantemente postergada se transforma en rechazos, traiciones y odios tremendos fuera de la razón y del tiempo, pues es “la otra” la detonadora de esta pasión/deseo sancionada, es la idea de la Eva tentadora del mal, de lo que hace caer al hombre, y que esta vez funciona para nosotras, es la Eva nuestra. Es, pues, difícil construir una amistad, que no esté prejuiciada y permeada de esta prohibición misógina de amarnos.³⁸

A pesar de que Beauvoir y Pisano hacen referencia a las relaciones entre mujeres, cada una las estudia tomando en cuenta diferentes etapas de la vida de la mujer. Mientras que Beauvoir habla de las características en las relaciones entre las adolescentes, Pisano estudia las relaciones entre mujeres en la etapa adulta, dando especial importancia a los rasgos lésbicos que estas contienen. Los dos tipos de relaciones las encontramos en *Los colores ocultos*, pues en la adolescencia, Elena y Lila experimentan los primeros encuentros

³⁷ Beauvoir, *op.cit.*, pp. 282-283.

³⁸ Margarita Pisano, *Incidencias lésbicas o el amor al propio reflejo*, p. 2.

amorosos, cuya finalidad es practicar lo que mas adelante vivirán con sus parejas masculinas, aspecto que Beauvoir considera como norma entre las amigas adolescentes. En cuanto a lo que señala Pisano, la mujer encuentra en otra su complemento, sin embargo , las relaciones entre mujeres son condenadas por la sociedad, por lo que prefieren ocultar su preferencia sexual, rasgo que veremos más adelante en la relación de Elena con Isabel.

En *Los colores ocultos* este aspecto está presente en la relación “amistosa” entre Elena y sus amigas. Primero con Lila, personaje del cual no se dan a conocer datos ni físicos ni personales, menos familiares, sólo se menciona el tipo de relación que sostiene con Elena. Ellas viven su adolescencia y comparten algunas vivencias, las cuales quedan en la memoria de la protagonista quien posteriormente, en la etapa adulta, las rememora para reconfortar su alma:

¿Será que el mundo va reduciendo sus horizontes, mientras más se le camina? Y es porque ya lo había vivido antes, que lo esperaba. Entonces fueron las horas que compartió con Lila, su amiga de la escuela, su confidente de los pequeños sucesos del presente y de los enormes que el futuro les prometía, pero que ellas con la vehemencia de su edad acercaban, cercaban y vivían con una fuerza mucho mayor a la realidad misma. (p. 23)

Lila es el personaje con el que la protagonista vive otras experiencias que hasta ese momento de la adolescencia le habían sido vedadas, como son los primeros encuentros amorosos. Es importante destacar que ambas se tienen la suficiente confianza para compartir ese tipo de experiencias, cada una es, para la otra, una cómplice:

En sus prolongados paseos con Lila llegaban las dos a estados de entusiasmo creciente, embriagadas por sus propias palabras, por la cadencia que sus pasos otorgaban al borbotón inagotable de sus sueños. Una tarde quisieron descubrir las delicias del amor que les esperaba un poco más adelante y se besaron bajo las ramas de un frondoso pirú, intentando sentir lo que debían sentir después. Pero eso fue hace tanto tiempo. (p. 24)

La base en la que está cimentada la relación entre esos personajes es la amistad, que queda por encima de la amorosa, pues ése no es el propósito inicial. Lo que ellas buscan es la identificación entre ellas, por eso continúan juntas. Según Alberoni, la amistad entre adolescentes no es más que una etapa de exploración, la cual les sirve para descubrir nuevos aspectos de la vida:

En la adolescencia disminuyen, respecto de la infancia, las fantasías de aventuras por el mundo, pero se profundiza el interés por la vida psíquica, el mundo social y la historia. A partir de esa época de la vida, todos los adolescentes tendrán que elegir, dentro de una gama más restringida de posibilidades, la relación de establecer con los demás. Todos son, en determinada medida, psicólogos que escudriñan sus psiquis y la de los otros para comprender sus leyes. En esta búsqueda de la propia identidad y, por tanto, de las diferencias con los demás, la persona a quien sentimos más cerca, la más estudiada, es el amigo, aquel que está más cerca de nosotros y a quien podemos estudiar como si nos estudiáramos nosotros mismos, viéndonos desde fuera. Por eso, el amigo de la adolescencia no es idéntico a nosotros, es similar a nosotros y al mismo tiempo diferente, extremadamente diferente. Es quien ha visto lo que no habíamos visto, quien exploró por nosotros, y sigue explorando por nosotros, regiones nuevas de la experiencia.³⁹

Para Elena, los encuentros con Lila significan mucho más que aquellos que tiene después, ya que rememora precisamente lo que ha valido la pena conservar. Aunque sólo se refiere a una tarde, ese momento encierra todo lo que soñaban que iban a sentir en un futuro con sus parejas masculinas. A pesar de haber tenido esta experiencia, en ningún momento contemplan pasar de una relación amistosa a una relación amorosa, tal vez porque no hacía falta, pues en la amistad tienen mucho más de lo que pueden tener en lo amoroso; esto es precisamente lo que Elena añora del tiempo de adolescencia, ya que de adulta no encuentra la identificación que tenía con Lila hasta que Isabel llega a su vida. Lila alimentaba su espíritu, y viceversa, en una especie de retroalimentación:

³⁹ Francesco Alberoni, *La amistad*, pp. 90-91.

Las largas caminatas que en general no las llevaban a ningún sitio, las subidas y bajadas, sin decidirse a ponerle fin a esa maravillosa existencia que en sus conversaciones imaginaban y elevaban hasta alturas imposibles. En esos tiempos, los tiempos se le empalmaron y vivieron exaltadas y acechantes del provenir. Iban por las calles, de la mano, recogiendo con la mirada los tonos rosáceos de la tarde, perdidos los ojos frente a la línea montañosa que cerraba su horizonte, como los años de estudio que tenían de frente y que les retardaban la vida en toda su plenitud. (pp. 23-24)

Lila se cambia de casa, se va lejos, y Elena no la vuelve a ver nunca más. Con la partida de Lila, Elena pierde su reflejo, a la persona en quien logra verse a sí misma, tal como es, sin apariencias de por medio; sólo con Isabel vuelve a encontrar ese reflejo.

Isabel es la amiga de la juventud y la madurez de la protagonista. La historia con ella es diferente, aunque en algunos aspectos llega a coincidir con la relación de la otra amiga. El personaje Isabel, en *Los colores ocultos* representa la antítesis de lo que es Elena Bernal, pues tiene características que bien se pueden considerar como feministas. Isabel es el único personaje femenino al que se le da la misma o más importancia que a los personajes masculinos y de igual manera que éstos, ella también es pareja de Elena, aunque nunca se presente como tal.

Por la descripción que se nos proporciona del aspecto físico de Isabel, se puede contemplar como una mujer elegante y fina:

El suave contacto a lo largo de su cabello suelto, de su cuello anudado, le hizo bien. Pero, bueno, la presencia de Isabel era en verdad una presencia, no era fácil permanecer al margen, porque su risa, sus gatunos ojos verdes, lo alto de su figura y esa manera de restarle importancia a los hechos de la vida, esa convicción de buscar el gozo, de disfrutar el momento, de decir sí se puede a todo... Se sintió bien, el contacto de los dedos largos de Isabel la hicieron descubrirse con fuerza.(p. 15)

Un aspecto a resaltar es la manera en la que se rememoran los encuentros con Isabel, Elena parece experimentar nuevamente la sensación que le producía el contacto con su amiga.

La personalidad de Isabel llega a imponerse a la de Elena, porque ella proyecta la seguridad con la que dirige su vida, lo cual se refleja en el momento en que se casa con Paco, a pesar de que su amiga le dice que no lo haga: “No, Isabel, piénsalo bien, mejor no te cases. Isabel se sonreía, y mientras continuaba con los preparativos de su futuro matrimonio, aceptaba otras invitaciones, porque yo, Elena, seguiré libre mientras tenga vida.” (p. 35) ¿Por qué Elena le pide a Isabel que no se case, si ella lo hace con Carlos? Para Elena, el matrimonio pierde su sentido inicial en la medida en que pasa el tiempo se da cuenta que aquello que ha idealizado va perdiendo su importancia, por lo mismo le aconseja a la amiga que no lo haga, pues trata de evitar que Isabel tenga la misma experiencia. Sin embargo, pese a la petición de Elena, Isabel continúa con el propósito de casarse, pero no sin antes aclarar que ella es dueña de sus acciones, libre de hacer lo que le plazca, porque ni siquiera un papel o ceremonia logra atarla a un solo hombre, al contrario, su vida no sufre modificación alguna al cambiar de un estado civil a otro, pues continúa saliendo con otras personas, aunque no se especifica el sexo de éstas.

Las actividades de Isabel nunca se precisan, sólo se dan las referencias para suponer que no es una mujer convencional, su vida se dedica principalmente a realizar trabajos que no son muy comunes. De acuerdo con sus características puedo decir que se trata de una activista social, quien se preocupa y esfuerza para cambiar un poco la situación del mundo:

Una vez rescató algo tan raro como una colección de arte, pérdida en la selva lacandona, de la que ella casualmente tuvo noticia, porque así como Elena, quien se acercara a Isabel sabía de antemano que ella actuaría, que iba hacer lo posible o lo imposible por solucionar las cosas, por no permitir que esa curiosa indiferencia que priva en las conversaciones muriera, si en su mano estaba el poder resolverlas. Entonces, lo mismo podía ser la colección recuperada a los furores de la selva, para cuyo rescate empleó las mismas energías que para, en otra ocasión, encontrarle casa a algún niño desamparado o participar en un recital poético acompañando a alguien al piano. Sí, Isabel decía sí y luego buscaba la manera de resolver las dificultades del sí dado sin restricciones. Se puede, Elena, es sólo cuestión de intentarlo, y de pronto vez cómo las cosas

acaban por resolverse de la mejor manera. No hay que tener miedo, el miedo es el peor enemigo. (pp. 55-56)

Este es un claro ejemplo de las personalidades contrastantes entre estos personajes, mientras Isabel se arriesga a realizar las cosas de las que está convencida, en las breves palabras que recuerda Elena de Isabel, ésta muestra un lado de la personalidad de la protagonista: el miedo. Dadas las características de Isabel, podemos decir que ella y Elena representan polos opuestos, sin embargo, pese a las enormes diferencias en sus personalidades, cada una encuentra en la otra su complemento, así como también la admiración y el respeto.

Un punto importante es el referente a las actividades de su amiga, ya que permite vislumbrar cierta incredulidad de Elena hacia lo que ella le cuenta sobre la vida tan extraordinaria que lleva, pues la ambigüedad de sus palabras llega a provocar en Elena cierta incertidumbre, al no saber con exactitud en qué ocupa su existencia, si eran verdad o mentira las aventuras que le contaba. Elena tampoco se entera de las relaciones que la amiga sostiene con otras personas mientras realiza sus actividades filantrópicas; en ese aspecto, Isabel reserva sus experiencias para sí misma, aunque se deja entrever que no todas las personas con las que convive son sólo amistades, existe la posibilidad de que tengan un vínculo semejante al que ellas comparten, pues como ya lo hemos visto, Isabel aunque se encuentre casada, no tiene un compromiso “exclusivo” con Paco, su esposo, por lo mismo, tampoco con Elena:

Lo que es un hecho es que siempre llegaba Isabel llena de noticias, de aventuras, de encuentros aunque podía ser muy reservada en cuanto a sus afectos, o quizá mejor, en cuanto a *una serie de actividades que nunca acababan por quedar claras del todo, referencias a sucesos no del todo explicados, relaciones no del todo narradas*, en fin, esas cosas que en algunas gentes parecen ser más extraordinarias, por lo que se dice, por lo que se calla, por aquello que a veces aparece como de lado, el caso es que la vida de Isabel se componía de una serie de pequeños y grandes acontecimientos. (p. 55)

Uno de los aspectos en los que coincide la amistad de Elena con Lila y con Isabel, consiste en que con la segunda también tiene Elena expresiones amorosas, pero llevadas a otro nivel, pues ambas son conscientes de lo que hacen, son adultas. Aunque sólo se mencione una vez, Isabel y Elena tienen relaciones sexuales, que resultan satisfactorias para la protagonista, pues la llevan al clímax, al orgasmo:

Dulce y suave, el torrente del río la fue humedeciendo, al tocar cada una de las regiones ocultas por la que discurría. Nunca lo hubiera pensado. Nunca. Los silencios de Isabel fueron tan convincentes como sus labios. Tan intenso era verme y gozarme en ella, sentir que ella sabía que no era necesario nada más. Ser, pero hasta el último átomo, encontrarme esa imagen escondida que sólo atisba alguna vez, cuando el mundo de pronto se abre, al alcance de la mano, de los ojos, de todos los sentidos, que de cualquier manera, caminan otros caminos. Cuando René volvió a casa me fingí dormida. Dentro de mí se había desbocado el torrente. (p. 45)

Este fragmento es el más hermoso y lírico que existe en *Los colores oculto*, en él al mismo tiempo encontramos claridad y ambigüedad, ya que por medio de las imágenes que nos presenta y de la relación metafórica entre el placer sexual y el torrente del agua, se nos recrea el momento con elementos básicamente sensoriales. Como ya lo hemos visto, en él están contenidos el énfasis y la alusión. Aunque se tiene que señalar que en ningún momento se hace explícita esta relación sexual, pues de serlo, perdería toda su magia.

Es con su amiga con quien en Elena se despiertan todos los sentidos por el gozo y el placer producidos por el encuentro amoroso, las voces logran alinearse para darle paso al silencio, las palabras sobran ante la presencia de Isabel. Se puede decir que éste es el momento cumbre en su relación amistosa-amorosa, pues en otras ocasiones también tienen

encuentros,⁴⁰ pero ninguno tan intenso como el antes referido, ya que sólo consisten en roces y caricias que se puede catalogar como “normales” entre las amigas. Un aspecto a considerar es que, en otro momento, Elena, al ser receptora de esas caricias, experimenta las sensaciones que nunca tiene con sus parejas masculinas: “Isabel era vehemente en su charla, en sus ademanes, el mero contacto de su mano provocaba en Elena una sensación exaltada, que la hacía creer firmemente que todo era posible.” (p. 31)

Los encuentros entre las amigas se realizan en la habitación de Elena, cuando sus respectivas parejas conversan en la sala. Esto nos remite inmediatamente a lo lúdico de la situación, ya que ellas le son infieles ante sus propios ojos, sólo basta para abrir la puerta de la habitación para que se den cuenta de lo que hacen Elena e Isabel adentro.

No deja de ser importante que estos encuentros se llevan a cabo en un espacio privado, como es la casa de Elena, ya que es el único lugar en el que pueden estar seguras:

Las casas de las mujeres son lo espacios privados más importantes para ellas, al mismo tiempo que constituyen el ámbito que muchas prefieren para encontrarse con otras mujeres. Para las mujeres lesbianas la casa tiene una doble importancia: al hecho de ser el espacio de intimidad y privacidad culturalmente establecido, se suma el que las casas se convierten, en muchos casos, en los únicos espacios a salvo donde las mujeres *pueden ser*. Sobre todo para las mujeres lesbianas que no lo son abiertamente, sus casas son el único espacio vital donde pueden vivir su lesbianismo.[...] refugios privados ante un mundo que las hostiliza y las obliga a ocultar, la mayor parte del tiempo, lo que son, [...] ⁴¹

El aspecto del ocultamiento es una característica importante de los homosexuales, sobre todo a los que se denomina de clóset:

El hecho de ocultar sistemáticamente cosas tan importantes como la orientación sexual y la vida de pareja puede tener consecuencias adversas en todas las áreas

⁴⁰ En *Los colores ocultos* es la única ocasión en la que se muestra a una Elena extasiada después de haber tenido relaciones sexuales, ya que con sus parejas masculinas nunca se hace referencia alguna a su satisfacción, sólo se habla de hacer el amor hasta el cansancio (con René), pero nunca del disfrute de ello.

⁴¹ Alfarache, *op.cit.*, p. 234.

de la vida, y no sólo en la esfera privada. El homosexual que vive dentro del clóset está siempre pendiente de lo que puedan sospechar o adivinar los demás y por tanto cuida continuamente sus gestos, palabras, reacciones y gustos. Lo que gana en seguridad, lo pierde en espontaneidad y sinceridad; puede parecer superficial y acartonado. Esto lo puede afectar no sólo en sus relaciones más cercanas sino también en la convivencia social y profesional. Puede sentirse culpable por estar mintiendo, o al menos por omitir la verdad. Tenderá a aislarse cada vez más y a ocultar su relación de pareja, si es que la tiene. Además, si él está en el clóset, lo más probable es que su compañero también lo esté –para ninguna pareja es bueno vivir aislada de la sociedad.⁴²

En Elena se refleja claramente esta problemática, por la mezcla de sentimientos que le produce la relación con Isabel; no logra asimilarlos, por ello se encuentra sola, encerrada en ellos, ya que Isabel tiene clara su bisexualidad, lo cual ocasiona que ella viva sin remordimientos y sentimientos de culpa.

Ambos personajes disimulan su relación muy bien, pues Paco piensa que Elena e Isabel no hacen otra cosa que platicar cuando se encierran en la habitación, idea que el narrador también sostiene, pues le resta importancia a los encuentros entre los dos personajes femeninos, así como banaliza los temas de conversación que abordan en su charla: “Y mientras los hombres acaso pretendían buscar soluciones para los graves problemas del país, del mundo, ellas, en otro cuarto, hablaban de lo intrascendente. Las mujeres, decía Paco, se evaden de los problemas. ¿De qué tanto hablan, que no paran nunca?” (p.31)

Cuando la amiga se va a radicar al extranjero, Elena pasa por una de las etapas más desoladas de su vida. Durante la ausencia de Isabel, no tiene otra opción que evocarla, y la suple a través de los recuerdos o dirigiendo sus monólogos hacia una Isabel virtual. Como si por el hecho de mencionar el nombre de la amiga, ésta se trasladara del lugar en donde se encuentra para acudir al llamado de Elena:

⁴² Castañeda, *op. cit.*, p. 87

Así fui, así fui, y ya no soy. No sé si te suceda lo mismo, Isabel, pero últimamente no me reconozco bien en el espejo. [...] En ese tiempo todo era tan fácil, Isabel, tan fácil. Imagino mis facciones a través de su silueta de vidrio, las construyo, como construía el futuro con Carlos, con mi hijo. Verme ahora así tan imprecisa, dibujarme al capricho, es una forma de soñar, Isabel. (p. 95)

.A pesar de que Isabel se va a vivir al extranjero por un tiempo, Elena no la olvida, por lo que en múltiples ocasiones se ve en la tentación de escribirle para comunicarle lo que siente, pero no lo hace, pues tiene miedo de decir algo que puede poner en evidencia el tipo de afecto que experimenta hacia la amiga :

Era muy irracional, Isabel, pero de alguna manera me sentí tan abandonada, y aunque el sentido común me dijera otra cosa, en el fondo tu lejanía me daba mucha rabia. Será injusto, no sé, pero deseaba tanto que tomaras el avión y me acompañaras. No me digas, son meras locuras, pero te necesitaba tanto. No tuve entonces fuerza para escribirte, Isabel, pienso que al escribir se reflexiona un poco, tienes que ponerle un cierto orden a tus ideas. No podía, Isabel, no podía. Ver escrito lo que no me atrevía a ver. (p. 64)

Por lo general, a través de las cartas se expresa lo que no se puede decir en persona, ya sea por la distancia, ya sea porque hay palabras que no se pueden decir frente a la persona a quien van dirigidas, y es precisamente el género epistolar el que aparece con frecuencia en las novelas que se consideran de tema homosexual,⁴³ pues en ellas, las cartas funcionan como revelación de la atracción hacia el mismo sexo o de la propia identidad sexual. En *Los colores ocultos*, se rompe con la posibilidad de utilizar este tipo de comunicación, pues Elena prefiere no escribirle a Isabel.

La evocación a la amiga tiene una razón: Elena evita sentirse sola en medio de la sociedad en la que se encuentra, pues Isabel significa la comprensión y la complicidad que necesita para poder sobrellevar una vida plagada de insatisfacciones. En compañía de Isabel, la protagonista no tiene que fingir, al contrario, en esos instantes ella se muestra tal

⁴³ Veáse la novela *Maurice* de E. M. Forster, y *Olivia por Olivia* de Dorothy Strachey.

como es, tiene la suficiente confianza para platicar de temas que son imposibles de abordar en compañía de personas del sexo masculino. Elena sabe que su amiga no la juzgará por los secretos que le confiesa (como sí lo hacen sus parejas sentimentales), ya que de alguna manera se siente identificada con lo que le dice Elena :

A veces logro al hablar contigo, Isabel, explicarme un poco a mí misma, cuando te explico. Pero no es fácil, tampoco sé si esto les sucede a los demás. Siempre creo que todos sienten como yo o al revés, y acabo por descubrir que no es así. [...] Condenada a huir, a buscar, no sé que busco ni de qué huyo. Sólo, que tengo que hacerlo. Por primera vez, acaso, Isabel no dijo nada, la dejó hablar hasta el cansancio y cuando Elena no pudo reprimir las lágrimas supo que la amiga lloraba también. (p. 89)

Es precisamente Isabel quien va a presenciar una de las crisis de su amiga. Por un momento Elena queda atrapada en el mundo de las voces y éstas la bombardean hasta dejarla inconsciente. Aunque la amiga se asusta, permanece a su lado hasta que vuelve en sí:

Esa noche, Isabel se inquietó tanto, cuando de pronto Elena dejó de responder a la charla y su mirada se perdió en un punto indeterminado, como si se fijara en algún espectáculo que requería de toda su atención. Isabel la recostó sobre la cama, sin saber que hacer, qué estaba sucediendo. Cuando al fin Elena volvió a la realidad del cuarto, las palabras le salieron con dificultad, deshilvanadas [...] Es que ya no pude, eran demasiado fuertes, me decían cosas, todo parecía tan claro, tan, tan claro. Isabel, es que yo había comprendido. Pero se me escapó. Estaba tan bien en paz. Y yo te sacudí de los hombros, Elena, me diste tanto miedo. Parecía que te hubieras ido sin que yo pudiera hacer nada, sabía que no me escuchabas, lo que me decías era tan raro, y luego dejaste de hablar, pero bueno, ya estás de vuelta. Los ojos cerrados, y ese dolor, ese terrible dolor. (p. 22)

Si se compara esta crisis con la que sufre Elena después, al final de la novela, podemos contrastar las actitudes de la protagonista, pues la primera vez le explica a la amiga lo que le sucede, mientras que en la segunda, Elena rechaza su presencia y le pide que la deje sola, que en ese momento no quiere ver a nadie. ¿Por qué Elena actúa de esa manera? Tal vez porque en la última crisis había aclarado sus ideas y había decidido

abandonar la vida que llevaba hasta ese momento. Dentro de ese abandono se encuentra también Isabel.

Las voces que la protagonista escucha en su interior, son una constante en la novela, forman parte de la problemática de Elena, quien se encuentra en frecuente lucha con ellas para no dejarlas actuar; éstas tratan por todos los medios de derrotarla, sin embargo, ella no lo permite. Aunque las crisis de Elena me hacen pensar que tal vez se trate de algo más complejo, como lo es la esquizofrenia, a la que también está vinculado el suicidio: “Ocasionalmente, los esquizofrénicos se matan bajo la influencia de las voces que le ordenan hacerlo, o para escapar a las persecuciones; pero eso es raro.”⁴⁴ Esto parece ocurrirle a Elena en las dos ocasiones en las que intenta suicidarse, pues al encontrarse sumergida en lo que las voces le dicen, ella no es consciente de lo que hace.

Lila e Isabel significan para la protagonista complicidad y autenticidad, con ellas vive los momentos que se pueden considerar los más bellos de su vida, y a ellos recurre para tratar de explicarse su comportamiento y para sobrellevar el peso de su existencia.

2.3 RELACIONES AMOROSAS

Tres son los personajes masculinos con los que Elena Bernal tiene una relación amorosa: Carlos Mendizábal, Daniel Montemayor y René Dávila. Cada uno de ellos aparece en diferentes momentos de su vida, dejándole una serie de experiencias que recuerda la protagonista a lo largo de la novela. Estos personajes son una parte fundamental en la construcción del personaje principal, porque es a partir de su relación con ellos como de alguna manera detonará su insatisfacción. Con Carlos y René forma una pareja tradicional, mientras que con Daniel establece una relación “clandestina” al involucrarse

⁴⁴ Erwin Stengel, *Psicología del suicidio y los intentos suicidas*, p. 72.

con él estando casada con Carlos. Respecto al punto de la pareja tradicional, hablando en términos generales, me parece relevante lo que escribe Margarita Pisano cuando aborda la importancia que se le da a la relación entre el hombre y la mujer en una sociedad regida por el sistema patriarcal:

La pareja existe, porque existe la lógica del dominio. [...] Esta cultura no entiende, ni construye seres libres y autónomos, por el contrario, los confunde, los hace carentes, de tal manera que tienen que completarse con otro/otra, del cual depende y que lo construye socialmente. Una persona sin necesidad de completarse está en desventaja ante el sistema, pero, al mismo tiempo, *está en completa ventaja hacia sí misma*, cuenta con el poder de diseñar su vida en libertad. El sistema sanciona los gestos libertarios que atentan contra el orden de la estructura social, dado que está pensado para seres carentes que se puede manejar. Un ser libertario, en cambio, es inmanipulable, infatigable. La estructura social está ideada para sujetos estancos, creyentes de esta cultura, que hacen inamovibles los cambios que necesitamos para crear una cultura más horizontal y respetuosa. Muy distinto es hablar de la libertad de estar, amar y transitar acompañado con un otro/ otra, que estacionarse en una pareja patriarcalizada con la proyección de por vida, repitiendo el modelo de la propiedad privada.⁴⁵

Lo dicho por Pisano se puede aplicar lo que sucede con la protagonista, ya que al ser educada bajo las reglas del patriarcado, continúa con el mismo patrón social que consiste en la necesidad de tener una pareja para poder ocupar un lugar dentro de la sociedad. Aunque existe la posibilidad, dadas las circunstancias, que la protagonista se case para tratar de definir sus preferencias sexuales, convenciéndose a sí misma de ser heterosexual o por lo menos aparentar serlo. Este aspecto lo aborda Castañeda cuando muestra las estadísticas de las mujeres lesbianas que en algún momento de su vida se casan con personas del género masculino:

Otro factor importante en la sexualidad de las lesbianas es que 90 por ciento ha tenido relaciones sexuales con hombres, y la tercera parte ha estado casada. Si ahora mantienen relaciones homosexuales, podemos suponer que las relaciones anteriores no fueron del todo satisfactorias: acaso muchas de estas mujeres

⁴⁵ Pisano, *op.cit.*, pp. 3-4.

hayan hecho el amor con hombres por obligación, por conveniencia o en un intento por negar su homosexualidad. En todo caso, muchas de ellas se habían acostumbrado a hacer el amor sin placer, o a reprimir su verdadero deseo.⁴⁶

Considerando lo anterior, podemos decir que Elena se encuentra dentro de los dos tipos de mujeres a las que Castañeda hace referencia, ya que la protagonista establece una relación con Carlos Mendizábal, personaje con el que vive las primeras experiencias del matrimonio. Se puede considerar que por el hecho de tener sólo una experiencia lésbica no se puede catalogar a Elena como lesbiana, pero tampoco el tener relaciones sexuales con hombres la convierten en heterosexual, pues, de acuerdo a lo señalado por Luis González de Alba, se puede ser homosexual sin haber tenido una sola experiencia de ese tipo en su vida, ya que en todo esto juega un papel fundamental el amor hacia la otra persona sin importar el tipo de sexo que tenga:

Cierto: cualquier hombre, “aun el más normal”, para volver a las palabras de Freud, puede aceptar un acto homosexual de forma esporádica y por muy diversas razones; hay sociedades enteras que lo exigen, otras que lo alientan, otras más que lo permiten. Pero una persona, por el solo hecho de participar en un acto sexual con alguien de su mismo sexo, no es necesariamente homosexual. Pero sí lo es quien pueda sostener una relación homoerótica, correspondida o no, con un homosexual o un heterosexual. La distinción sería el amor. Así pues, la conjetura quedaría explicitada de esta sencilla forma: un acto homosexual no define la orientación sexual, ésta se define por la capacidad de tener una relación sentimental, de enamorarse de alguien del mismo sexo. Y poco importa si la relación se consume o no. El solo hecho de enamorarse define al bisexual y al homosexual permanentes.⁴⁷

Elena abandona los estudios para casarse con Carlos, en cambio él concluye la licenciatura en arquitectura. Esto me remite a lo escrito por Simone de Beauvoir acerca de la fragilidad con la que la mujer cimienta sus proyectos personales, ya que a la menor

⁴⁶ Castañeda, *op. cit.*, p. 172.

⁴⁷ Luis González de Alba, *La orientación sexual*, pp. 166-167.

provocación abandona las actividades que realiza, por el “amor” hacia un hombre, quedando nulificada, a expensas de la realización de los otros y no a la propia:

Aquí se establece un círculo vicioso: con frecuencia nos asombramos de ver con qué facilidad una mujer puede abandonar la música, los estudios, una profesión, tan pronto como ha encontrado marido; la causa está en que había comprometido demasiado poco de sí misma en sus proyectos para hallar mucho provecho en su realización. Todo concurre a frenar su ambición personal, y, sin embargo, una enorme presión social la invita a buscar en el matrimonio una posición social, una justificación.⁴⁸

El matrimonio, para la generación de Elena Bernal, significa encontrar un lugar en el mundo, casarse es hacer posible un sueño o un cuento, en donde el destino de las protagonistas es un “final feliz”; pero en la medida en que transcurre el tiempo, se da cuenta que la vida no funciona de esa manera. Es importante señalar que al hablar de la generación, me refiero a que en el mismo año en el que se casa Elena, también lo hacen cuatro de sus amigas, lo que refleja el pequeño mundo en el que viven, cerrado y sin otras opciones. Al casarse, Elena no sabe que la aventura que significa su nuevo estado civil no es otra cosa que simples ilusiones, pues su vida se convierte en un círculo:⁴⁹

Hay pocas tareas más emparentadas con el suplicio de Sísifo que las ama de casa; día tras día, es preciso lavar los platos, quitar el polvo a los muebles y reparar la ropa; y mañana todo eso volverá a estar sucio, polvoriento y roto. El ama de casa se consume sin cambiar de lugar; no hace nada; perpetúa solamente el presente; no tiene la impresión de conquistar un Bien positivo, sino de luchar indefinidamente contra el Mal. Es una lucha que se renueva todos los días.⁵⁰

Conforme pasan los meses, la vida de Elena se vuelve rutinaria, realiza diariamente las mismas actividades y esto hace que ella busque otro tipo de entretenimientos para que el

⁴⁸ Beauvoir, *op. cit.*, p. 310.

⁴⁹ Esto nos remite a otra de las novelas de Aline Pettersson, la cual precisamente tiene el título de *Círculos*, en donde la historia gira en torno a la vida de Ana, personaje en el que se refleja el problema de la monotonía en la que vive el ama de casa, realizando las mismas actividades todos los días.

⁵⁰ Beauvoir, *op.cit.*, p. 412.

tiempo se consuma con mayor prontitud. De alguna manera, las expectativas acerca de su nuevo estado civil van desmoronándose:

Los días se le encasillaron, el dominó de los jueves, que Carlos no perdonaba, sus salidas al cine, sus labores caseras, hacer el amor e ir creciendo juntos.[...] Los primeros tiempos inventó un juego que la entretenía en las mañanas largas, mientras Carlos regresaba del trabajo. Se dedicó a cazar moscas con la aspiradora, una vez que la casa quedaba brillante de limpia. Como espejito, le dijo un día su suegra. (p. 16)

En *Los colores ocultos*, la cena representa su “debut” como ama de casa, cuando va a demostrar sus dotes de buena anfitriona, pero todo resulta contrario a sus planes. Ante lo catastrófico de la situación, Carlos le reprocha haber ocasionado que sus invitados tuvieran una mala impresión de ellos, sobre todo por haber provocado que su proyecto no haya sido aprobado por el señor Ledezma. Lo importante a destacar es el hecho de que Carlos le adjudica toda la culpa a ella, nunca asume su parte de responsabilidad, ya que posiblemente su proyecto carecía de elementos que podían interesar a su jefe. La cuestión es que, ante los reproches de Carlos, Elena no tiene argumentos para defenderse, porque en la cena se queda dormida, la razón: está embarazada. Para Elena, el embarazo es un acontecimiento que ocupa todo su tiempo e ilumina su existencia, pero también es importante para su esposo. En esta etapa los dos personajes se encuentran más unidos y parece que todo marcha bien, sin embargo, es la única etapa en la que comparten la función de padres: mientras Carlos trabaja para preparar la llegada del bebé, Elena teje algunas prendas para el hijo. En la medida en que avanzamos en la lectura de la novela, nos damos cuenta de que el preámbulo a la llegada del hijo es lo que más entusiasma a Carlos, y no cuando el bebé se encuentra en casa, ya que a partir de su nacimiento, el esposo le deja toda la responsabilidad a la madre.

Es curioso, pero la única relación sexual entre Carlos y Elena que se narra en la novela, sucede cuando la protagonista se encuentra embarazada. ¿Ante los ojos de Carlos, el embarazo hace más atractiva a Elena?:

Parece que llevas todo el mundo en el vientre, Elena, déjame tocar los muros que encierran a nuestro hijo y sentirlo moverse. Pero estoy tan fea, Carlos, que cuando paso frente al espejo cierro los ojos. Pues eres una tonta, así me encantas, tu mirada ha cambiado y tu piel es tan, pero tan suave, Elena. Todo el mundo en tu vientre, pero sólo ahí, porque a veces cuando te veo de espaldas se me olvida, sigues estrecha como muchachito, mamá dice que quizá tengas problemas en el parto, que a las mujeres de ahora le hacen falta carnes. (Pero los problemas no fueron en el parto.) Cuando vayas al médico, quiero entrar contigo, que me permita oírle el corazón. Cómo se mueve...¿tú que sientes, Elena? , somos dichosos, ¿verdad? Voy a penetrarte suavemente para tocarle la puerta a nuestro hijo. Te han crecido tanto los pechos, se te están llenando de leche, se los tendré que prestar un rato. Que ya llegue para que lo conozcamos. Déjame tocarte y sentirte y sentirlo y sentirme en ti, en él o ella, ¿no? (p. 95).

A Carlos le produce curiosidad el estado de Elena, sobre todo le llama la atención el misterio de la maternidad, porque no tiene forma alguna de experimentar lo vivido por su esposa, la única opción que encuentra para tener algún contacto con el nuevo ser es a través de la relación sexual.

Un personaje que aparece en este episodio es la suegra, a la cual Elena recuerda como alguien que en ocasiones le dice lo que ella considera correcto y quien también la halaga, aunque siempre la protagonista toma cierta distancia en todo lo que la suegra le dice, pues no logra notar sinceridad en sus palabras: “ Tus perlas tienen muy buen oriente, le dijo su suegra, el contacto con la piel las hace cambiar. Hay quienes las avivan y quienes las opacan. Tú, Elenita, les haces mucho bien. Elena había sonreído entonces, no demasiado convencida de la verdad de esas palabras. Era tan extraño que no le parecía del todo creíble.” (p. 76)

Uno de los pocos momentos felices de Elena, es el día del nacimiento de Andrés. Es tanto el entusiasmo de la madre por conocer al nuevo ser humano, que las horas previas al acontecimiento le parecen eternas, pues el tiempo adquiere otra dimensión y otro significado. En el preciso instante en que ve cristalizado el anhelo que alimentó durante el proceso de gestación, se da cuenta de que valió la pena la espera:

Cómo olvidar la larguísima noche del nacimiento de Andrés, la larguísima noche que culminaba la espera de meses, en la que se erigen las esperanzas, graduadas en lo rotundo del vientre, en la danza interior, hermana de la música eterna, la eternidad en ese hecho simple, natural que se reviste del peso sin medida de lo trascendente. (p.32)

Nacimientos suceden todos los días, no son sólo unos cuantos, son miles los que ocurren sin embargo, cada uno de los nacimientos, de manera individual, adquiere diferente significado para cada una de las madres. En el caso de la protagonista, la llegada del hijo implica la creación e idealización de nuevos proyectos, el advenimiento de otras experiencias. Sin embargo, conforme pasan los años, poco a poco, éstos se vienen abajo. Contrario a las ilusiones de Elena, el nacimiento de Andrés, en lugar de hacer más estrecha la relación del matrimonio, logra separarlos gradualmente:

Si la literatura inspirara a la vida, Elena esperaba a Godot. Recién nacido Andrés, cuando la tarde caía, tardes tibias de primavera, se asomaba por la ventana, después de inclinarse sobre la cuna. Esperaba la vuelta de Carlos, ansiando caminar la entrada de la noche de la mano de su marido. Era la manera en que su día se hubiera cerrado con plenitud. El día de ambos puesto al día entre paso y paso. Ilusa, observaba cómo se cernían las sombras, y huía la tarde. Hoy no, Elena, estoy rendido. Hoy no, Elena, tengo que ponerme a trabajar. Todo era tan razonable. Los deseos de Elena acaso no lo fueran, pero con la noche algo moría, algo que no pudo nacer nunca. Elena era la seguridad que acoge en casa, pero, ¿esa otra Elena exaltada, aquella que pretendía soñar al lado de su marido? (p. 58)⁵¹

⁵¹ Existe la reminiscencia a la obra teatral *Esperando a Godot* de Samuel Beckett, dramaturgo del teatro del absurdo. Esta obra viene a cuento, porque el narrador encuentra cierta semejanza entre la situación planteada en la obra, con la que está pasando en ese momento Elena, aunque con una diferencia, mientras Estragon y

En este episodio nos podemos percatar de la fractura que existe en el matrimonio. Aunque en realidad nunca se refleja en la novela que exista una buena comunicación entre Carlos y Elena, en ese momento se pone en evidencia la casi anulación del vínculo. La actitud de Carlos cambia radicalmente, ya que Elena se siente desplazada por el trabajo del marido, pues él ya no cuenta con el tiempo suficiente para dedicarlo a la convivencia con su pareja. La presencia del nuevo miembro de la familia le produce a Carlos otra preocupación, pues si antes les alcanzaba el dinero, ahora el gasto se multiplica, no sólo tiene que mantenerse a sí mismo y a Elena, sino también a Andrés. A partir de este hecho, Carlos cambia el papel de padre y esposo por el de ser solamente un proveedor para la familia, lo cual lo convierte en un hombre solo, a pesar de que se encuentre casado: “La mujer, muy pronto familiar, esclavizada, no enmascara al marido su libertad, es una carga no una coartada; no lo libera del peso de sus responsabilidades, sino que, por el contrario, lo agrava.”⁵²

Pese a la situación por la que atraviesan, los amigos del matrimonio no se percatan, en ningún momento, de los problemas de la pareja, al contrario, alaban la buena relación, pues así se presentan ante la sociedad: “Qué afortunada eres, Elena, Carlos tan trabajador, tan hogareño, tan cerca de ti y de Andrés. Una sonrisa clausuraba el comentario, porque finalmente así eran las cosas, y ya.” (p. 59)

Andrés provoca un cambio importante en el mundo de Elena y de Carlos, no sólo por lo que significa su presencia, sino porque nace enfermo del corazón:

Y de tanto observarlo, de tanto escudriñar en el secreto de quien despierta, un día creyeron advertir que sus labios estaban más rojos de lo debido. No, no

Vladimir esperan eternamente a Godoy (Dios), quien nunca llega, la espera de Elena finaliza al llegar Andrés al mundo.

⁵² Beauvoir, *op.cit.*, p. 430.

estaban rojos, los labios que les sonreían eran algo mucho más que rojo. La boca, de tan roja, la vieron negra. Esperaremos a que el niño crezca, les dijo el médico, no se preocupen, muchos niños nacen así... una operación a tiempo y tienen la vida por delante. (p. 33)

La enfermedad de Andrés afecta sobre todo la vida de Elena, porque a Carlos parece no importarle, pues le deja toda la responsabilidad a su esposa. Ella vive la enfermedad del hijo, sola, sin el apoyo de su pareja. Modifica la posibilidad de poder trabajar, pues tiene que dedicarle tiempo a Andrés. Por eso, cuando a la protagonista le ofrecen un trabajo (no se especifica en dónde), rechaza la oferta porque el niño se pone grave y posterga su incorporación al ámbito laboral:

Por fin el teléfono sonó una mañana, alguien le propuso un trabajo. Pero la vida está hecha de desencuentros, y para entonces, Andrés había sufrido una recaída que ocupaba el tiempo, las energías, toda la ansiedad de la madre. No aceptó. El proyecto cayó al olvido, la oportunidad se había aproximado a ella, se asomó por la hendidura de la puerta y se alejó, de la misma inesperada manera como había venido. (p. 32)

Aunque la enfermedad de Andrés es inmutable, en algunos momentos de la historia la salud del niño se llega a estabilizar, y la familia Mendizábal-Bernal trata de hacer que su vida sea lo más normal posible, por lo que realizan viajes en los que comparten el periodo vacacional. Para Elena, estos breves paseos son una manera salir de la rutina que vive diariamente en su hogar y le sirven para olvidar, aunque sea por algunos días, el estado de salud de Andrés y los problemas conyugales.

En una ocasión deciden pasar las vacaciones en Acapulco, lugar en donde sucede un hecho importante y particular. Elena se encuentra bombardeada por los murmullos de las voces que tantos conflictos internos le producen. La escena que ocurre es la siguiente: Elena carga en sus brazos a Andrés y empieza a adentrarse en el mar. En la medida en que nosotros como lectores nos damos cuenta de la intención de la protagonista, de inmediato

inferimos que se trata de un suicidio. Sin embargo, existen dos aspectos que hacen que nos preguntemos: ¿Por qué lo hace teniendo a su hijo en brazos? ¿ es consciente de la acción que está realizando? En respuesta a la primera pregunta, se puede suponer que Elena experimenta una nueva sensación que nunca antes había sentido, la cual le da el valor para internarse en las profundidades del mar, así como también de su mente, aunque no estuviera consciente del peligro que eso implica: “ La risa infantil y el sonido del mar la urgían a nacer de nuevo, a ver por primera vez, a sentir su carne, a desear con furor, a percibirse, a gozar y gozarse. “ (p. 25) Esto también se puede vincular al significado que tiene el agua y el mar en las novelas escritas por mujeres; Ciplijauskaitė dice lo siguiente:

El agua, elemento femenino desde siempre, se relaciona con la fluidez y la transformación constante; lo que ha sido señalado como una de las características más destacadas del estilo femenino. Esta misma fluidez apunta a la dificultad de establecer características fijas de lo femenino, cambiante como el agua. [...] El mar, siempre presente, representa también lo simultáneo y la duración ininterrumpida. Simboliza la profundidad misteriosa y su cualidad resbaladiza.⁵³

La especie de ritual que Elena realiza con el mar, es la manera en la que ella trata de obtener algún tipo de purificación o aliciente, para sanar la enfermedad física de Andrés, así como también su propia enfermedad anímica. Retomando lo dicho por Ciplijaukaitė, el agua significa lo cambiante lo que está en constante renovación , esto me lleva a pensar en el propósito que tiene Elena al querer entrar al mar, para ella es una posibilidad de renacer, aunque también es entrar en contacto con un elemento en el que encuentra empatía, al ser ella misma un ser inestable, igual que el mar. Si aparentemente, parecen ser los mismos, siempre se encuentran en constante cambio, aunque nunca se refleje. El proceso se

⁵³ Ciplijauskaitė, *op. cit.*, p. 223.

interrumpe al escuchar la voz de Carlos, quien provoca que ella regrese de su mundo interior al exterior:

Algo se rompió cuando escuchó cerca la voz de Carlos, Elena, ten cuidado, que hay corrientes. El mundo volvió entonces a su nivel. Dejarse conducir por la corriente, dejarse ir con la confianza sin límites de su hijo entre los brazos, porque en ese momento ella tenía la fuerza de Dios. Carlos la llamó de nuevo, quizá sintió algo que lo hizo mantenerse a distancia, pero el momento quedó atrás. Elena volvió los ojos a la playa y la encontró lejana. Regresa, Elena, y Elena regresó. (p.25)

Al referirme al episodio anterior, no puedo dejar de remitirme al que sucede en la Huasteca; aunque no existe una relación aparente entre ellos, se presenta una situación similar, pero en diferentes circunstancias, ahora quienes están en peligro son Carlos y Andrés. Lo que les sucede a los dos personajes no es algo provocado, sino un accidente. Este hecho pasa precisamente cuando existe una cierta estabilidad en el matrimonio, cuando todo parece ir bien y la protagonista se encuentra dispuesta a disfrutar del viaje, sintiéndose preparada para pintar algunos cuadros, para darle libertad a su creatividad pictórica. Sin embargo, todo se viene abajo, la “estabilidad” de Elena pierde su equilibrio al presenciar la manera en que su familia está en peligro:

Carlos lo tomó de la mano, brincó con él al agua, mientras que ella a la sombra de algún árbol, se dispuso a pintar.[...] Quería hacer algo, cuando los gritos cambiaron de tono. Primero quizá no se percató de ello. Eran tan ruidosos...No, algo sucede, algo no está bien y Elena corrió a la margen del río, horrorizada. Carlos gritaba, Andrés gritaba, había terror en esos gritos. (p.72)

La reacción de Elena es normal, se asusta y no sabe qué hacer. Tampoco se atreve a rescatarlos por su cuenta, quizá porque lo considera una imprudencia. Al contarle esta experiencia a Isabel, la protagonista refleja en sus palabras la culpa que siente (hasta ese momento) por no haber sido capaz de salvarlos: “Tenían arañazos más o menos profundos. Nada serio. Tal vez nunca estuvieron en un peligro de veras grave. No lo sé. Pero el hecho

es que no tuve las fuerzas para echarme yo con ellos, y eso no me lo perdonaré nunca.”(p.72) El sentimiento de culpa en la protagonista es una constante, ya que por una u otra razón siempre se siente responsable de todo lo que les sucede a los demás, como se puede constatar en su niñez (pues asume que la buena o mala relación con su padres dependía sólo de ella, de nadie más), en el episodio antes referido y, como se verá más adelante, en la muestra de la impotencia de Daniel (su amante). Sin embargo, su mayor sentimiento de culpa lo provoca Andrés, cuando por segunda ocasión le ofrecen trabajar en la Galería de la Plástica Moderna y acepta:

Primero no quiso darse por enterada. Es mi mala conciencia, trabajar cuando tengo un hijo pequeño. En las tardes, cerca del niño, con el bordado en el regazo, levantaba los ojos, aguzaba los oídos. Observaba. Sí, Andrés principió dar muestras mayores de fatiga. Sus labios se le ennegrecían como un nubarrón que presagia la tormenta. (p. 48)

La agonía de Andrés también es la de Elena, ya que parece vivirla, padece el mismo sufrimiento y la impotencia de no poder hacer nada para remediarlo; en algún momento quiere respirar el aire que le falta a su hijo, igual que cuando se encontraba en su vientre, para que de alguna manera él respire a través de ella, pero eso es imposible.

La presencia de Andrés no siempre le produce sinsabores a la vida de Elena, también hay momentos de felicidad, como los instantes en que le narra cuentos, cuando dibujan juntos, en fin, todo lo que la madre procura es hacerle agradable a su hijo su estancia en el mundo. Es importante destacar que al principio de la novela se refieren a Andrés con el término “visita”, lo cual nos anticipa la corta vida que tiene el personaje, pero no por ello resulta menos importante. Nunca se menciona cómo muere, sin embargo, se hace referencia a una cirugía, de la que no se proporcionan pormenores, por lo que existe la posibilidad de que la muerte del niño haya sido el resultado del fracaso de la misma. El fallecimiento de

Andrés le deja a Elena un profundo vacío, y se acentúa así el sentimiento de soledad.

Respecto a la relación madre-hijo dice Beauvoir:

Precisamente es el hijo quien, según la tradición, debe asegurar a la mujer un autonomía concreta que la dispense de dedicarse a cualquier otro fin. Sí, en tanto que esposa, no es un individuo completo, sí lo es en tanto que madre; su hijo es su alegría y su justificación. A través de él termina de realizarse sexual y socialmente; así, pues, por mediación de él, adquiere la institución del matrimonio su sentido y logra su finalidad.⁵⁴

Elena no sólo ejerce la función de madre, ya que también se desarrolla profesionalmente como directora de la galería, lo cual significa que en su vida no cumple únicamente con las funciones que la sociedad le tiene asignada a la mujer. Sin embargo, como señala Beauvoir, para la mujer el ser madre le da otro “status” a los ojos de los demás y Elena no es la excepción, porque la llegada de Andrés a su vida le proporciona una manera de llenar su vida, que antes del hijo carece de significado.

El desempeñarse en otra actividad la hace sentir culpable, considera que es un error trabajar mientras que su hijo está enfermo: “No es que Elena olvidara, no olvidaba nunca, es sólo que recubría su angustia y se hundía en otras actividades para no enloquecer. Me preocupaba demasiado, dice Carlos que no tiene sentido, con preocuparte no remedias nada. Y toda la conversación sobre ese tema obtenía un fuerte rechazo de su marido.” (p. 43) Un rasgo a señalar, es la manera como es vista la enfermedad del hijo por las dos personas a las que les atañe el problema: el padre y la madre. Por un lado, se encuentra Elena, siempre preocupada por la salud de Andrés, al grado de sentirse culpable cuando lleva a cabo la actividad que la hace desarrollarse profesionalmente: trabajar. Esto también lo hace Carlos, pero él nunca muestra indicios de culpabilidad o preocupación por el hijo o, por lo menos, no lo hace evidente. La actitud que adopta es la de mostrar indiferencia, pues sólo se ocupa

⁵⁴ Beauvoir, *op.cit.*, p. 463.

de cumplir la función de proveedor, en este caso, dotar de medicamentos, dejando toda la responsabilidad a la madre y abandonando, tanto a Elena como al hijo a su propia soledad, lo que acaba por atraparlos a él mismo. Elena no encuentra apoyo en el esposo, pues solamente crítica su manera de ser ante ese problema.

Respecto al vínculo entre madre e hijo, es importante hacer referencia al texto de Christiane Olivier, *Los hijos de Yocasta*, ya que según esta investigadora, el hijo es el único hombre que posee la madre: “de modo inconsciente, la mujer se resiste a renunciar al único varón que ella ha tenido realmente consigo; pues su padre le faltó y su marido se encuentra casi siempre ausente.”⁵⁵ Después del fallecimiento de Andrés, la relación con Carlos carece de sentido, así como la propia existencia de la protagonista. Llegan al extremo de que la única manera de suplir la falta de vida conyugal consiste en hacer reuniones, cenas y fiestas, otorgándoles a éstas mayor importancia de la que en realidad tienen. Se insertan así la frivolidad y banalizan de esta manera su convivencia:

Ya en la cama, cansados esperando el sueño, comentaban las fallas y los aciertos de la noche hasta actualizar noticias atrasadas. Es curioso, pero la compañía, la seguridad que proporciona la presencia ajena, permitían un acercamiento. Quizá por ello, sin saberlo bien, sus fiestas eran frecuentes. Era la forma que tenían ambos para escucharse, cuando las palabras languidecían. Y entre el se te saló el asado y quedó el postre en su punto, entre ¿viste la cara que puso Emilio?, o qué mal ví a Aurora, se ponían al día. Pero sin duda es muy poco para mantener viva la comunicación, si los otros puentes han sido levantados. (p.87)

Abordan cualquier insignificancia, en lugar de tratar los temas que en verdad involucran sus sentimientos o el destino de su matrimonio. Pese a los esfuerzos por evadir su realidad, finalmente el matrimonio no funciona, Carlos y Elena se separan sin quererlo hacer realmente, pues el destino se encarga de ello: a él le ofrecen un trabajo en Guadalajara, y Elena decide no ir con él.

⁵⁵ Christiane Olivier, *op.cit.*, p.78.

Carlos es el personaje con el que la protagonista vive los roles asignados a la mujer por la sociedad: esposa y madre. Él no le deja más que insatisfacción y la sensación de haber sido engañada; las expectativas que ella tuvo en su relación, nunca se convierten en algo tangible. Con su matrimonio le ocurre exactamente lo que le pasó con los bulbos de las dalias, las cuales compra con la ilusión de que algún día florezcan, para que cada año crezcan un poco más hasta alcanzar todo su esplendor, pero esto no sucede, porque desde un principio no dieron señales de vida, que indicaran la posibilidad de poder sobrevivir a las adversidades de su medio. Esto mismo sucede con su matrimonio, ya que anhelaba que, en la medida en que transcurriera el tiempo, se reforzara la relación con Carlos hasta llegar a consolidarse, pero sucede lo contrario, cada año que pasa, la pareja se va alejando más y más para llegar finalmente a la separación:

Una vez, pensó Elena, tan al principio de mi matrimonio, alguien tocó la puerta, era un hombre que vendía bulbos de dalias, que eran muy especiales. El ramo que llevaba en la mano era suficiente para apreciar su belleza. Cómprelos usted, y verá cómo en un tiempo no sabrá qué hacer con tantas flores. No tenía yo mucho dinero, pero todo se lo di para gozar de tal maravilla. Y las regué y vigilé la tierra y esperé. Nunca brotó nada, tampoco supe si fue mi culpa, si me habían engañado. Podemos empezar de nuevo, le dijo Carlos. Sí, dijo Elena, pero Elena no se fue a Guadalajara con su marido. (p. 69)

Cuando Elena aún se encuentra casada con Carlos, sostiene una relación con Daniel Montemayor, pintor de fama notable. Se puede decir que es colega de la protagonista, sólo que ejerce su actividad artística de manera “pública”, pues él expone su obra, mientras que Elena pinta en forma “privada” y esporádicamente, guardando en un cajón sus creaciones. Daniel llega a cimbrar y cambiar radicalmente la vida de la protagonista (así como lo hace más adelante René), logrando darle otro rumbo a su existencia.

Es precisamente el aspecto de la profesión que ambos personajes comparten, el que me hace seguir en la línea de las posibles preferencias homosexuales de la protagonista,

pues de acuerdo al estudio que realiza Didier Eribon, las personas que presentan este tipo de inclinaciones, por lo general, no encuentran su lugar dentro de la sociedad, experimentan la sensación de no pertenencia, como en ciertos momentos Elena lo padece, pues siempre se siente extranjera, aun estando con personas que ya conoce. El desarrollarse en el mundo del arte, hace que la protagonista se encuentre en un ámbito marginal, el cual le permite ser diferente a las demás personas:

Ese sentimiento de ser alguien “aparte”, de “no ser como los demás”, es sin duda determinante en la implantación de la identidad personal, en la construcción de uno mismo. Y quizá reside aquí una de las claves del problema mencionado más arriba: la orientación hacia oficios literarios, artísticos o hacia los polos más “literarios” o “artísticos” de las demás profesiones. Pues esas opciones profesionales permiten seguir viviendo en una cierta marginalidad vivida desde la infancia, y en cualquier caso en un cierto aislamiento, una cierta diferencia, y asimismo en una relación distendida con el tiempo social, quiero decir: la posibilidad de vivir como eternos adolescentes al reproducir esta marginalidad constitutiva.⁵⁶

Ellos se conocen en una de las múltiples fiestas a las que acude con frecuencia la pareja. Desde el primer instante en que lo ve, Elena queda impresionada, sobre todo por lo que representa: un pintor exitoso (exitoso no implica que sea talentoso), admirado por múltiples seguidores: “Estaba ya tan lejana aquella noche en que Carlos y Elena fueron a una fiesta, y ella entre tantos invitados, emocionada, estrechó la mano del hombre famoso, de Daniel Montemayor. Encantada, le dijo, y sonrió sin querer abrir la boca, sin saber qué más se le dice a un personaje.” (p.19)

Daniel es uno de los personajes (los otros son Isabel y René) de quien se nos brindan sus características físicas, por lo que podemos inferir que no es un hombre apuesto, al contrario, aunque su personalidad llega a imponerse; su aspecto físico es tosco, por lo que no entra en los parámetros de lo “bello”, por lo tanto, se puede decir que Elena no se

⁵⁶ Didier Eribon, *Reflexión sobre la cuestión gay*, p. 138.

“enamora” de su atractivo físico, son otras las razones por las que decide relacionarse con él:

Los ojos aindiados de Daniel evocaban una profundidad sin tiempo, sin edades. De frente amplia y pelo negro, lacio, peinado hacia atrás. Sonrisa de dientes grandes macizos. Manos duras, como de quien más que el pincel, hubiese empuñado la brocha. Aunque de estatura más bien baja, el hombre era de huesos pesados, de andar fuerte y hablar quedo, su voz se vertía en un flujo casi monótono, dando a sus palabras un tono sacerdotal, rotundo, como el peso de las rocas. A donde fuera, de inmediato se juntaba a su alrededor un grupo de admiradores solícitos, y Daniel, en esos momentos, bajaba aún más el volumen de la voz. (p.27)

La relación empieza a nivel profesional, Daniel prepara una exposición en la Galería de la Plástica Moderna y, obviamente, tiene que tratar con Elena Bernal, pues ella se encarga de coordinar el montaje de la misma. En una de las ocasiones en que Daniel la visita, entra sin avisar a su oficina, provoca que se asuste y sufra una crisis nerviosa, parecida a la que le sucede con Isabel; sólo que esta vez, Elena se encuentra inmersa en su mundo de abstracción, del cual la saca él de manera abrupta, situación que no puede controlar y tampoco explicar: “Ella gritó de tal forma, que tomó por sorpresa al pintor; temblorosa, incapaz de pronunciar palabra permaneció un rato largo. El hombre no sabía qué hacer, qué disculpa dar, cómo hacerla recobrar la tranquilidad violentada. Después, ella intentó explicarle con la voz insegura, torpe.” (p. 59) Esta es la única ocasión en que Daniel presencia una de las crisis de la protagonista, y no dice nada, sin embargo, más adelante, en una de sus múltiples conversaciones, Elena trata de explicarle los pensamientos que le vienen a la mente de forma constante y él no la comprende, al contrario, le dice que es una paciente idónea para el doctor Charcot.⁵⁷ Esto me remite al mismo problema que enfrenta con Carlos, quien tampoco le da importancia a lo que ella le expresa. Con ambos personajes, Elena sólo encuentra incompreensión. Es importante señalar que siempre es la

⁵⁷ Maestro de Freud, iniciador de la neurología y famoso por sus investigaciones sobre la histeria.

receptora del acto comunicativo en los encuentros con Daniel, pues en las pocas ocasiones en las que habla, Daniel no la escucha y, si lo hace, le insinúa que es una histérica:

Mira, Daniel, creo que por eso empecé a dibujar, y no es que no me gustaran los juegos, pero había momentos en que con unos cuantos crayones intentaba regresar, y escuchar con claridad. Tú dices que siempre te soñaste un gran pintor. Yo no, y sé que no lo soy, sólo que meterme en el papel dentro del color, de las líneas, sentirme como ahora, Daniel, contigo... No saber ya dónde se está, que sucede. Nada. Nada. ¿No te ha pasado que vas en el coche y no sabes a dónde?, ¿que ves el reloj y no sabes si son las ocho de la mañana o de la noche?, ¿qué miras la calle como si no la conocieras?, ¿que cada uno de tus pasos te lleva a otros sitios, donde todo es claro, de donde ya no quieres volver? Mira, linda, no me digas más, que acabaré creyendo que el doctor Charcot me hubiera pagado muy bien si te entrego como su paciente. Entonces, ¿a ti no te ha sucedido? ¿no te ha sucedido nunca? (pp. 45-46)

Cuando a Elena le parece haber encontrado a la persona indicada, vuelve a toparse con la misma barrera de las palabras, la falta de comunicación, pues no encuentra en el otro un receptor, sólo a una persona que juzga lo que ella dice y hace.

Un rasgo que caracteriza a Daniel, es la manera como se dirige a Elena, nunca la llama por su nombre, lo hace solamente con la palabra “linda”. Tal vez porque son múltiples las mujeres con las que trata, y para no equivocarse de nombre le es más fácil designarla así, restándole importancia a la relación entre ellos, ya que puede considerarse como una más de sus conquistas. Aunque también es una manera de “cosificar” a la mujer, disminuyéndola al mismo nivel que a los animales u objetos a los que regularmente, para resaltar alguna de sus características, se les designa “linda” o “lindo”, por lo que podemos decir que Daniel ve a Elena como un objeto y no como una persona.

Como se puede notar, la relación entre estos personajes consiste básicamente en largos soliloquios; de alguna manera, ella se conforma con eso, porque en las dos ocasiones en que intentan tener relaciones sexuales, Elena se queda esperando (siempre esperando), porque nunca se llega a concretar nada, pues el “gran” Daniel Montemayor padece

impotencia sexual. Uno de esos contactos sexuales sucede en la casa de Elena, y el otro cuando realizan el viaje a Nueva York. Elena se arriesga a llevar al amante a su casa pues, posiblemente en esos días, Carlos ha salido a uno de sus múltiples viajes de trabajo, por ello, la protagonista tiene la certeza de que no la descubrirá. De alguna manera, ella transgrede el hogar, lugar considerado como “sagrado”. Elena prepara una cena para agradar a Daniel, con el propósito de estrechar los lazos; lo logra, pero no con el éxito deseado. El objetivo de Elena no se cumple, pues el intento por tener relaciones sexuales resulta fallido. Se les va el tiempo conversando, y en el momento en que menos lo espera, observa cuando Daniel se prepara para marcharse:

La conversación versó sobre tantos temas y las manos se enlazan como preámbulo de otros trenzados. Los silencios, como las sombras al anochecer, se impusieron. El trono abandonado para compartir ambos el sofá de cuero.[...] Qué bella pieza, dijo Daniel, no me había fijado en ella. Y empezó a examinar la estatuilla sobre la mesa con mucho detenimiento, tan completamente, como si no hubiera quedado abierto un paréntesis enardecido. Qué buena pieza. Y la charla fue volviendo sobre sus pasos. El arte, la creación desplazaron otras urgencias.[...] Y siguió hablando por algún tiempo. Después tomó su gabardina del perchero, tomó el rostro de Elena entre las manos, la besó un largo rato, y abrió la puerta para perderse en la noche. (pp. 39-40)

Elena es reemplazada por un objeto que le parece más interesante a Daniel: una estatuilla. Ésta atrae su atención de tal manera, que se olvida por completo de ella y de lo que estaban haciendo previamente. El objeto funciona como un elemento que crea un abismo entre los dos personajes; mientras él habla, Elena no interviene con sus propias reflexiones. Daniel toma la estatuilla como un pretexto para evitar la relación sexual, dirigiendo su mirada hacia lo que realmente le apasiona: el arte, cambiando a Elena por la escultura. La pieza es el detonante para que él exprese el significado que tienen en su vida las artes plásticas y la eternidad que se puede conseguir a través de ellas, pues cuando él

muerta, lo único que permanecerá para la posteridad serán las obras artísticas que haya realizado.

En el viaje a Nueva York se repite la misma situación, sólo que en esa oportunidad sí hay un intento por tener relaciones sexuales, sin que lo logren. Esta vivencia provoca que Elena modifique la perspectiva que tiene de esa ciudad. A partir de esa experiencia ella empieza a desencantarse del Daniel que había idealizado:

Volvieron a iniciarse muchas veces en las caricias, y cada intento terminó en un nuevo fracaso. ¿Qué sucede?, le oyó murmurar Elena entre beso y beso, ¿qué sucede? y frenético la tocó hasta lastimarla, pero fue inútil. Después, con el cigarro entre los labios y la voz suave, le hablaría de la vida, del arte, de sus proyectos, suave, suavemente desmintiendo la furia pasada. Cada noche volver a aquella angustia. Cada mañana arrastrar un lastre más pesado, terror a mirarlo a los ojos, a contemplarse ella en el claustro del baño, en el espejo que pretendía convencerla de la integridad de su sexo. Mujer...mujer que no sabe serlo, aunque el espejo tenga su versión propia. (p. 74)

En este hecho se condensa el problema más fuerte entre los dos personajes. Daniel no acepta que él es quien tiene el problema y prefiere atribuírselo a Elena, lo que provoca que ella cuestione su condición de mujer, pues en cierta forma cree que no es lo suficientemente atractiva como para que él se excite y logre la erección. Otro aspecto que vale la pena rescatar, son los intentos para penetrarla; resulta tan grave la agresión, que llega a lastimarla, otra vez, no la considera persona, sino un objeto de satisfacción, pues lo que a Daniel le importa es satisfacerse a sí mismo, sin importar el daño que le puede hacer a Elena. Esto puede relacionarse con lo que señala Olivier, cuando dice que la impotencia es una característica propia de quienes son incapaces de ceder a los deseos de otro (a):

Y es aquí donde el hombre demasiado neurótico y todavía atado en el plano inconsciente al poder de su madre, verá aparecer el horrible espectro de la impotencia, provocado por el rechazo y la imposibilidad psíquica de corresponder al deseo del otro. Impotencia, eyaculación prematura, o retardada:

todas estas manifestaciones constituyen signos de la guerra inconsciente, pero constante, que el hombre libra contra el deseo femenino.⁵⁸

A partir de esta experiencia, la relación entre ellos sufre un notable distanciamiento, ya que Daniel se ausenta por largas temporadas sin avisarle, y a Elena esto le provoca incertidumbre al no saber cuando volverá a aparecer. Espera la llamada telefónica que nunca llega, acude a los lugares en donde puede encontrarlo, pero es inútil, porque él no aparece por ninguna parte. A pesar de todo, Elena conserva la esperanza de volverlo a ver otra vez y, en efecto, el día menos pensado aparece como si nada hubiera sucedido, aceptándolo ella nuevamente:

Sí, Elena esperaba, y en el colmo de esa espera, Daniel Montemayor sin ninguna causa, nada que lo justificara, desaparecía del teléfono, de la galería, del mundo de Elena. Ella lo buscaba en las fiestas, compuesta, perfumada, ansiosa. Temía y deseaba encontrarlo. Las horas corrían. Un cigarro, otro. Una copa, otra. A veces, ya tarde, hacía el hombre su entrada triunfal de siempre. Rodeado del séquito inevitable, la saludaba lejano, como antes, y como antes ella no sabía qué decir. Le rogaba a Carlos volver a casa, el cansancio, el dolor de cabeza, el tedio. (p. 34)

Después de lo acaecido en Nueva York, Daniel hubiera preferido no volver a verla, sin embargo, la exposición del pintor tiene asuntos pendientes, por lo que también regresa para arreglarlos: “Pasó tiempo para que Daniel volviera a la galería a fijar los últimos detalles de la exposición que antes había sido una amplia promesa. Sí, la exposición seguía sus trámites, como si nada. ¿En dónde estaba el error?, que el desastre bien sabía ella donde estaba. Daniel fue frío, cortante, y ella...” (p. 73) Lo peculiar de esta relación es que Elena, aun sabiendo que con Daniel no tiene algún futuro, pone todo su empeño para que funcione. Tal vez sea porque eso es precisamente lo que busca: tener una relación en la que no esté involucrado el sexo, para que ella no tenga que fungir como un ser heterosexual en

⁵⁸ Olivier, *op.cit.*, p. 174.

la cama. A pesar de que con Daniel no existe alguna posibilidad para ella, Elena dedica todo su empeño para que funcione la relación.

El narrador señala las nulas posibilidades de la pareja, cuando dice que Daniel significa sólo una puerta cerrada, cuyo único fin es seguirlo estando permanentemente: “Quizá sea que Elena creyó ver algo que no existía, que ella fue elaborando, haciendo crecer en su interior, adornado, distanciado del Montemayor que la veía. Representaba acaso la puerta cerrada, que en su cerrazón ofrece un misterio, la puerta cuyo único objeto es el permanecer cerrada.” (p.73). Parte de ese misterio lo encontramos cuando la protagonista asiste a una fiesta en la casa de él, pues le llaman la atención las máscaras colgadas en una de las paredes; a ella siempre le ha producido cierta curiosidad lo oculto, y obviamente las máscaras tienen mucho que ver con esto, pues su principal función es esconder el rostro de la persona que la utiliza:

Fue en una fiesta cuando Elena conoció su casa y el salón con la pared tapizada de máscaras, entonces le comentó, es como si ya hubiera estado aquí antes, esperaba las máscaras, sabía que así iba a ser; Daniel sonrió pero en ese momento alguien los interrumpió, dejando la charla inconclusa. Los múltiples rostros de Daniel Montemayor, Elena detuvo la vista en una cabeza maya, las mismas facciones, la misma expresión, los ojos huecos. Estremecida, tomó su vaso y dejó de verla. Ojos que huyen. Máscaras, Máscaras, [...] (pp. 66-67)

Las máscaras para cada cultura adquieren diferentes significados, sin embargo, su función principal es esconder, disimular, como lo señalan Allard y Lefort:

Se trate de disfraz o de mascarada, el aspecto del camuflaje o del disimulo se vuelve preponderante; llegamos así a reconocer prácticamente que toda máscara disimula, aun si esta función no es la esencial. Si una máscara espanta o metamorfosea, al menos empieza por disimular. Una máscara colocada sobre el rostro responde a esta definición, pero el aspecto de las consideraciones múltiples desempeña un papel importante en la máscara psicológica, la de nuestro comportamiento interno. Si el hombre es efectivamente un animal “que piensa”, a menudo será necesario que esas sensaciones no aparezcan en su relaciones exteriores con otras personas; el hombre debe ocultar entonces lo que

siente a fin de, en sus relaciones socioprofesionales, disponer de una escapatoria, útil para unos o dramática para otros.⁵⁹

En *Los colores ocultos* las máscaras remiten a la imagen que dan de sí mismos Elena y Daniel. Este último se enmascara para mantener la fama y el prestigio que los otros le han otorgado. Utiliza lo que se llama máscaras psicológica para esconder sus defectos y debilidades, conservando la imagen que ha creado de sí mismo, esta característica la comparte con Elena, ya que parte de la empatía reside en que ambos simulan ser lo que no son, para seguir manteniendo la imagen que cada uno se ha construido. Existe así complicidad entre los dos personajes: Elena colabora en que la imagen de Daniel continúe siendo la de un hombre exitoso y enamorado, en tanto, él oculta la relación con Elena para que continúe siendo la esposa fiel.

La máscara también funciona para que las personas con tendencias homosexuales puedan protegerse del escarnio social, sobre todo para conservar su permanencia dentro de las normas sociales. La sociedad es quien los obliga a portar la máscara:

“Vidas disociadas”, “doble vida”, son términos que significan que la vida “privada” se mantiene secreta, disimulada frente a aquellos con quienes se tienen relaciones amistosas, sociales o profesionales. La esfera pública exige que se oculte la identidad “anormal”, la vida pública está vinculada fundamentalmente con la heterosexualidad, y ésta excluye lo que se aparta de ella.⁶⁰

Por un lado Daniel, por ser un pintor famosos tiene que mantener una buena imagen y con ello conservar el afamado mote de “don Juan” (aunque también esto puede considerarse como una característica de los hombres homosexuales). Mientras que por el otro, se encuentra Elena, quien ya tiene una posición en la sociedad como madre y esposa, la que no va arriesgar para perderlo todo de un día para otro. De alguna manera se puede

⁵⁹ Genieve Allard, Pierre Lefort, *La máscara*, pp. 24-25.

⁶⁰ Eribon, *op.cit.*, pp. 146-147.

decir que Elena y Daniel sostienen una relación de conveniencia, aunque ella, en principio, busca una pareja distinta a lo que es su marido.

También el aspecto de la máscara es una característica importante de las personas esquizofrénicas, pues constantemente se encuentran divididos entre dos o más personalidades en las que puede convertirse su yo interior y en las que se aparenta ser ante los demás quien quieren que sea, como es el caso de la protagonista.

Así como Daniel aparece en la vida de Elena, de la misma manera desaparece, el único vínculo que los une es el montaje de la exposición, pues al terminar los preparativos, también finaliza la relación entre ellos.

El tercer personaje masculino con el que Elena sostiene una relación amorosa es René Dávila, de profesión economista. Se conocen cuando Elena ha dejado atrás a Carlos y a Daniel. Con René, Elena vive en unión libre, aunque le cuesta trabajo acostumbrarse, pues enfrenta situaciones que de momento se le salen de control, pero finalmente se trata de adaptar a las nuevas condiciones: “El temor a ser atrapado de nuevo (en el caso del hombre) y el miedo a no ser bastante amada- deseada (en el de la mujer), serán las dos constantes que se harán presentes en todo amor, señalando la inmortalidad de la marca engendrada por Yocasta en la cuna.”⁶¹ El miedo al que hace referencia Olivier, puede considerarse una característica de René, ya que para evitar sentirse comprometido, prefiere establecer relaciones que no impliquen la atadura a una sola persona.

En el momento en que lo conoce, Elena se siente atraída por el aspecto físico de René y de la mujer que en ese momento lo acompaña: “Altos y tan bien parecidos, ambos rubios, de largas piernas y pasos suaves, Elena, torpemente, dejó caer el folleto que René recogió. [...] Elena dejó caer la mano hacia la copa de vino en el mismo instante que cruzó su

⁶¹ Olivier, *op.cit.*, p. 164.

mirada con la del hombre rubio.” (p. 50) Esta situación es similar a aquella cuando conoce a Daniel, aunque con René su comportamiento parece el de una adolescente y no el de una persona adulta, por su nerviosismo fuera de control, al grado de que derrama sobre sí misma la copa que tiene en la mano. Es importante señalar que Elena, en algún momento, se refiere a que René la trata de una manera “femenina”: “ René era en momentos así tan vulnerable, tan suave, casi femenino, cuando la acariciaba, cuando le hablaba.” (p. 30) René, por su parte, menciona que Elena parece tener un cuerpo de “niño”. Esto hace pensar que la protagonista es semejante a un andrógino: “Me gusta tanto tu cuerpo delgado, como de niño, Elena. Sentirte tan ligera, pasar mi mano por tus pechos pequeñitos y mirarlos erguirse como soldaditos de juguete, me gustan tu sonrisa triste y tus dientes parejitos y el rojo que aparece sobre el dorado de tus mejillas.” (p. 30) Por ser esta la única ocasión en que un personaje se refiere al aspecto físico de Elena, adquiere mucha relevancia cómo se la presenta.

Días después de la inauguración en la que se conocen, René regresa a la galería con el pretexto de observar las pinturas con mayor detenimiento. A partir de esta visita empiezan a frecuentarse, hasta que llegan a vivir juntos.

Tomando en cuenta la relación con Daniel y René, puedo afirmar que Elena, desde que los conoce y mientras dura el encantamiento, se siente afortunada, pero en la medida en que va conviviendo con ellos, no se cree merecedora de su compañía. La protagonista experimenta una autodevaluación, al creer que no está a la altura de estos hombres con los que se relaciona, a pesar que tanto Daniel como René parecen no mostrar menosprecio la protagonista. Es importante resaltar que Elena, en sus tres relaciones amorosas, siempre acepta los términos que ellos le proponen para llevar a cabo la relación, pues carece de unos términos propios. René es un claro ejemplo de lo que afirmo, él le ofrece vivir juntos, con

la condición de que sea una “unión en libertad”, con todo lo que esto implica, y precisamente la infidelidad es una de sus características (si se puede llamar infidelidad cuando la otra parte sabe que está expuesta a ser engañada).

En el episodio en el que René sufre el accidente que casi le cuesta la vida, y en el que la pierde su acompañante femenina, se ponen en evidencia las mentiras e infidelidades de René, sin embargo, a pesar del desconcierto y decepción de Elena, ella asume que es el riesgo que se corre en este tipo de relaciones, mas, a pesar de saberlo, la infidelidad le llega a afectar de manera importante. La protagonista sigue el mismo patrón de comportamiento que con sus otras parejas: elige el silencio en lugar de decir lo que le molesta; tal parece que lo único que a ella le importa es que alguien esté a su lado y no la deje sola:

Y luego el accidente. Fue tan horrible...Cuatro días en Querétaro, es una reunión muy importante; lo siento, amor, serán aburridas y eternas sesiones de trabajo. Pero el coche se volcó en la carretera al Pacífico, justo antes de llegar a Acapulco. La mujer que lo acompañaba murió, René quedo malherido y el teléfono sonó en la madrugada buscándola a ella, a Elena, para notificarle. Un error. Es un error, René Dávila está en Querétaro en un congreso. Las señas del hombre, del coche, ésas no mentían. ¡Por Dios que no mentían! Cuando René salió del hospital, Elena se propuso no mencionar nada. Era, debía ser, parte de esa opción de vida. (p.20)

A pesar de que las infidelidades le duelen, Elena prefiere dale más valor a otras cosas, como es la experiencia de vivir con un hombre de “mundo”, del cual aprende a ver la vida día con día, pensando sólo en el presente, ampliando sus horizontes y modificando drásticamente la visión de su existencia: “El pequeño mundo cerrado de Elena Bernal sufrió un sacudimiento con la irrupción de René en su vida. El inabarcable René, hedonista, sufriente. (p. 60)

René está la mayor parte del tiempo plagado de actividades, mientras que Elena nada más lo observa pasivamente:

Eran ya muchos los meses que René había vuelto sus furores a un proyecto. [...] René trabajaba furiosamente. Ver pasar una parte de la economía del país bajo los trazos de su pluma, leer los periódicos, escuchar las declaraciones conciliatorias, esa enorme cantidad de palabras, que apenas tocaban una debilísima sombra de la verdad, de la claridad de los números, de los estudios meticulosos, hirientes, que René tenía en su escritorio. (p.36)

Aunque los trabajos que realiza René son importantes, Elena piensa que nunca pasan de ser sólo documentos, pues no se llevan a cabo en la práctica. Él puede trabajar hasta el cansancio, pero eso no significa que sus estudios contengan la solución para solucionar los problemas de la humanidad: “Pero bueno, ¿para qué cegarse? Las cosas son mucho más complicadas. René será un tipo brillante, pero economistas hay lo suficientes y sus investigaciones son una gota de agua en el desierto.” (p.38) Sobre todo, porque las reuniones a las que asisten se realizan con mucha opulencia y los problemas del mundo se olvidan para dar paso a la frivolidad:

La economía del mundo se examinaba sobre la mesa de trabajo y después, sobre mesas de comidas y cenas. Los problemas inminentes se atisban entre sorbos de Chablis y canapés de langosta. [...] Olvidan igual los de la franja rica del mundo, que los de la pobre. La última noche se dio una gran recepción de despedida, acaso como un recordatorio para que de vuelta en sus respectivos países, la gente evocara las delicias de la buena vida y luchara por ella. Pero no, la miseria prosigue para la mayoría, y los que se encargan de su estudio viven bien para olvidarla. (pp. 51-52)

En el episodio antes referido, existe una reflexión en la que está contenida una crítica social acerca de la función que realmente tienen las personas que llevan a cabo el buen funcionamiento del mundo a nivel económico, ya que sólo se encargan de contabilizar la pobreza (los pobres sólo sirven para formar parte de las estadísticas) y nunca ofrecen opciones que hagan viable el mejoramiento de las condiciones de vida. También se hace referencia a la majestuosidad con la que se realizan los congresos económicos, los cuales contrastan con las situaciones de miseria en las que vive la mayor parte de la población del

mundo. Lo que parece importar en esas reuniones es la fiesta, el volver a ver a los colegas que no se ha visto, etc. Y se pierden entonces los objetivos de ese tipo de eventos.

En el tiempo que permanecen juntos realizan dos viajes, uno a Acapulco, el otro a Londres. El primer viaje es planeado por René para sorprender a Elena, y en efecto, lo logra, pues ella regresa a trabajar con nuevos bríos: “Con René lo puedes esperar todo, pero quizá también puedes decir, no sé, que puedes no esperar nada. ¡Qué cansancio!, el intempestivo viaje a Acapulco desde el trabajo de la galería fue maravilloso. El mundo en un puño. Sí a la vida.” (p.70) Precisamente así es como vive René su existencia, sólo le importa el presente, no existen el pasado y el futuro en su concepción del mundo, característica que lo opone a Elena, ya que ella le da mayor prioridad al pasado.

El viaje a Londres se debe a motivos de trabajo; René acude a uno de esos tantos congresos a los que es invitado. Aunque su agenda está llena de actividades, reserva un espacio para dedicárselo a Elena. Para ella esto es significativo, pues nunca antes la habían hecho sentir importante: “René se escapaba a veces de las reuniones para recorrer la ciudad de la mano de Elena, caminaban por las pequeñas plazoletas o disfrutaban de las pinturas en el museo, para luego en algún bar, entre sorbos de cerveza tibia, besarse alegres.” (p. 51) Elena, por primera vez, es feliz, el narrador y ella misma lo señalan: “Elena era feliz.”(p.21), “Entonces eran felices a pesar de la angustia, de la conciencia inútil del esfuerzo.” (p. 37) “Estuvimos tan juntos entonces, y por un tiempo, pese a todo, viví en paz.” (p. 38).

Entre los participantes del congreso se encuentra Prayad, personaje que provoca en la protagonista el conflicto de los celos. Él es un delegado hindú que desde el primer momento en que conoce a René no oculta su interés hacia él. Al percatarse de esto, Elena se siente incómoda y se lo dice a René, pero éste no la toma en serio, tal vez porque está

acostumbrado a atraer la atención tanto de hombres como de mujeres. Durante todo el tiempo que dura el congreso, Prayad conserva la misma actitud, y llega al extremo de utilizar un rollo fotográfico completo para tomarle fotos a René: “Pues este hombre [Prayad], tranquilo y todo me intranquiliza, como que sus ojos te perforan, René; no, no te perforan, te absorben, me da idea de que es como si cayeras en un lago tranquilo y no quisieras nadar, o se te hubiera olvidado, o ya no te importara.” (p.51)

Al despedirse, Prayad les obsequia la fotografía de su familia, para que la conserven como un recuerdo. Para Elena, de alguna manera, la fotografía es una especie de refutación a lo que estaba pensando, ya que por su parte Prayad no tiene ningún problema en cuanto a su comportamiento. Aunque René no considera importante la actitud de Prayad hacia él, a Elena le incómoda de manera considerable, pues, si bien las actitudes de las personas pueden variar dependiendo de cada cultura, también es obvio que cuando una persona se siente atraída por otra, muestra ciertas actitudes que ponen en evidencia su interés, como lo dice la propia Elena: “No en todo el mundo se interpretan los gestos de la misma manera. Tal vez no, pero tú le gustas, René, de eso estoy segura. El deseo impone su lenguaje igual en los ojos de un chino que de un francés, y eso, René, no lo puedes negar, y creo que tú menos que nadie.” (p.52) El hecho de que René minimice esta situación, a Elena le produce más molestia. Lo que sucede con la protagonista es que ella ve en Prayad un rival, cuando en realidad no representa ningún peligro para su relación. Si ésta se basa principalmente en la libertad, René tiene todo el derecho de involucrarse con quien le parezca, sin embargo, la protagonista no puede dejar de sentir celos aunque aparente que no sucede nada.

Si bien existen buenos momentos en la relación entre Elena y René, también están presentes los malos, entre los cuales se puede contar el día en que él afirma que con ella había visitado Viena, confusión que llega a incomodar a Elena:

Después, ya pasado el tiempo, René le decía, por ejemplo, acuérdate, Elena, de aquel pequeñísimo restaurant en Viena, la pasamos bien tú y yo. ¡Ah!... Bueno, ya te había platicado de él, ¿no? Unión en libertad, Elena podría haber hecho también comentarios semejantes, ella también había gozado con otras gentes, pero o tenía mejor memoria o por algún atavismo femenino se cuidaba para evitar esos deslices de la punta de la lengua.(pp.19-20)

En cierto sentido, esta circunstancia coincide con la experiencia que Elena tiene con Daniel, cuando él se dirige a ella solamente con el mote de “linda”; pero en el caso de René, se le confunden las mujeres y finalmente no sabe con quién acude a ciertos lugares, por lo que se puede inferir que no encuentra la diferencia entre una mujer y otra, lo único que sabe con certeza es que la persona que lo acompañaba era del sexo femenino, aunque no recuerde de quién se trataba.

Otra de las experiencias desagradables con René, sucede el día en que van de noche por la carretera y de pronto se les descompone el coche y se quedan solos:

La noche que se le descompuso el coche en la carretera en medio de la lluvia, Elena se asustó. Aquí asaltan, René. No temas, amor, que nada va a pasarnos. Salió del coche, sacó una navaja y cortó una hoja monumental que los cobijara. Caminaron hacia unas luces que se descomponían en la tormenta. No temas.
(p. 79)

En la cita anterior se presentan claramente las características que socialmente se le han impuesto al hombre y a la mujer. El primero representado como fuerte, valiente, sin miedo a nada y a nadie. La segunda es débil, temerosa y necesitada de la protección de un hombre. Quien se adapta o aparenta adaptarse a la situación es René, parece desenvolverse con gran naturalidad, mientras para Elena ese espacio le resulta ajeno, extraño. A pesar de encontrarse con René, no se siente acompañada, pues en ese momento experimenta una profunda soledad: “No será culpa de René, aunque no se trata de culpas, es sólo que... Es sólo que la presencia de René hace más clara la soledad.” (p. 80)

Como hemos visto, Elena Bernal es un personaje que tenemos que construir a partir de su relación con otros personajes, aunque se tiene que destacar que toda esa información sabemos a través de la rememoración de hechos pasados, los cuales se nos dan a conocer por medio de un narrador y de la protagonista. La educación que adquiere la protagonista durante su infancia, repercute de manera importante en su desarrollo en la adolescencia y en su vida adulta. Aunque Elena trae consigo una serie de conflictos interiores, el medio en que crece hace que esta se refuerce y cobre dimensiones que la misma protagonista no puede controlar. El hecho de que sus padres no la incorporen por completo a su vida, provoca que ella experimente la sensación de no pertenecer a ningún lugar incluyendo su propia casa; esto la lleva a encerrarse en sí misma, ya que es el único espacio que, siente, le brinda seguridad. A pesar de que no se hace referencia a los padres de Elena cuando es adulta, no pierden presencia aunque no se mencionen, siempre se encuentran presentes por medio del comportamiento de la protagonista, pues en él se refleja la educación que le inculcaron de pequeña. La Elena niña es un ser humano infeliz y completamente solo, que en lugar de ver hacia el exterior, se encuentra ensimismada, atenta a las voces, producto de su “yo dividido”, de las “otras” Elenas que la habitan. Los conflictos se agudizan en la adolescencia y en la etapa adulta de la protagonista. En la primera encuentra a Lila, personaje con el que vive las primeras experiencias amistosas y amorosas. Con ella por primera vez encuentra identificación y complicidad. En esta etapa, Elena logra vivir estable. Al cambiarse Lila de residencia, provoca una hecatombe y cierto desequilibrio en Elena; sin embargo, años más tarde conoce a Isabel, con quien vive nuevas experiencias.

Es importante señalar que la madre de la protagonista se opone a las amistades de Elena. Esto nos lleva a preguntarnos por las razones que la hacen desconfiar de las compañías femeninas de la hija, pues se considera que una mujer se expone al peligro

cuando se encuentra en compañía del sexo opuesto y no cuando convive con personas de su propio sexo. Aunque también se tiene que considerar, lo que señala Beauvoir cuando se refiere a la relación entre madre e hija, ya que, frecuentemente lugar de verse como amigas se ven como enemigas, situación que encontramos en la convivencia de Elena con su madre.

La relación de Elena con los personajes masculinos resulta fallida. En la primera, la protagonista forma un matrimonio convencional con Carlos. Tiempo después, para reforzar el vínculo entre la pareja, nace Andrés, quien nunca logra unirlos, sino los distancia cada vez más, sobre todo después de que se enteran de la enfermedad que padece. Carlos pasa de ser esposo y padre, a ser solamente un proveedor para la familia. Al fallecer el niño, también mueren las esperanzas de Elena sobre la posibilidad de que Carlos cambie, lo que nunca sucede.

Se tiene que señalar que sólo se habla de la separación de la pareja y no de un divorcio, aunque éste, de alguna manera, esté implicado en la separación.

La relación con Daniel Montemayor se efectúa cuando la protagonista aún está casada con Carlos, por lo que transgrede el contrato nupcial. Daniel llega a cimbrar y vulnerar la supuesta estabilidad de la que goza Elena hasta ese instante. Él la motiva a que retome la pintura y se dedique a crear su propia obra. Se debe destacar que esto mismo trata de hacer Isabel, aunque sin éxito, pues no logra que Elena retome la pintura. En cambio, cuando Daniel es quien se lo sugiere, ella lo hace, lo que me hace pensar que la protagonista le da profesionalmente más importancia a lo dicho por un hombre que a lo dicho por una mujer, a pesar de la relevancia que ésta tiene en su vida.

Elena pone todo su empeño en la relación con Daniel, sin embargo su propósito de conquistarlo nunca se hace realidad, pues de antemano sabe que el vínculo con él no tiene

ningún futuro; tal vez por eso la protagonista se aferra a él, con quien entra en un juego de apariencias, pues Daniel no puede satisfacerla sexual, y ella sólo ha encontrado verdadera satisfacción en la relación con Isabel.

Con René la situación es diferente, pues él representa el hombre ideal; además de ser un académico prestigiado, es una persona sumamente atractiva ante los ojos de cualquier persona. Desde un principio, René establece las “reglas” por las que se rige la relación: la unión libre. Elena acepta vivir bajo esos términos, sin embargo, nunca se acostumbra a ese tipo de convivencia, al mostrar constantemente sus deseos de “exclusividad” en la vida de René, por eso no logra entablar una relación duradera.

Vemos así las enormes diferencias en las relaciones que establece la protagonista con personajes de uno u otro sexo. Mientras con sus amigas logra encontrar un complemento y bastante felicidad, con los personajes masculinos siempre experimenta la carencia, pues ellos terminan por no satisfacer sus expectativas.

CONCLUSIÓN

Aline Pettersson en su vasta producción literaria nos ofrece una galería de personajes femeninos, y cada uno de ellos posee una serie de particularidades que lo hace muy singular. En *Los colores ocultos* encontramos a Elena Bernal, personaje que así como puede reflejar una gran luminosidad, también nos lleva al mundo subterráneo que es su yo interior. Esta dicotomía es una constante a lo largo de la obra, y se aprecia tanto a través del narrador en tercera persona, como través de las remembranzas del personaje.

La mayor parte de la información nos la proporciona el narrador, pero también resulta muy importante la intervención de la protagonista. En la narración, ambas voces (la del narrador y la de la protagonista) llegan a fundirse y confundirse en algún momento, con lo que se logra el efecto de simultaneidad de voces narrativas, pese a que sí se logra distinguir la voz de la protagonista. Ésta nos remite inmediatamente al monólogo interior directo, ya que a través de él, de sus recuerdos, Elena nos muestra su conflictuado mundo interior. Un punto en el que coinciden el narrador y la protagonista, consiste en la referencia a que ella se deja influir por la opinión o decisión de los demás, como en el caso del matrimonio. Carlos y Elena se casan cuando él lo dice, o sea al terminar su carrera de Arquitectura, mientras que Elena abandona los estudios de pintura para dedicarse a los quehaceres del hogar. Vemos así cómo la firmeza de sus decisiones no es tal

Tanto el narrador como la protagonista reflejan a una Elena insegura y, por lo mismo, incapaz de sentir amor hacia su propia persona, sin embargo; ella es un personaje ávido del afecto de los “otros”, mujeres y hombres, pero prevalecen los segundos porque está inserta en una sociedad que exige la heterosexualidad.

En su relación con los demás personajes, podemos percatarnos que la educación que se le dio de niña, influye directamente en su desenvolvimiento en la edad adulta. Su madre, una mujer de carácter fuerte, le imprime los “correctos” principios morales propios de su medio social. Con una vida colmada de normas, a Elena no se le permite ser una niña “normal”, por la constante represión que su madre ejerce hacia ella. En cambio, su padre, un hombre que se dedica al quehacer pictórico, trata de inculcarle la libertad, fomentando su creatividad en la pintura. El choque constante entre estas dos visiones del mundo, hace que la niña crezca con cierta ambivalencia, aunque en la edad adulta parecen prevalecer las enseñanzas de la madre, pero en lo profesional perviven las del padre.

Lila es el personaje femenino con el que Elena experimenta los primeros encuentros amorosos durante la adolescencia. Aunque este tipo de “exploración amorosa” puede considerarse “normal”, no debemos dejar de lado el hecho de que sólo esos momentos son recordados de esa etapa de la vida de la protagonista, lo cual significa que influyen en su construcción. El otro personaje femenino con quien se relaciona es Isabel, personaje que contrasta con ella, pues mientras Elena vive en medio de múltiples conflictos, su amiga tiene el control de su propia vida, ella decide qué hacer y con quién estar. Cada una encuentra en la otra su complemento, esa parte que les falta en sus relaciones con los hombres. La cautela del narrador en tercera persona para que no se malinterprete la relación entre ambos personajes es contradicha por la propia Elena, quien a través del monólogo interior directo pone en evidencia, por medio de un lenguaje lírico, la única relación sexual que sostiene con Isabel, que la lleva a un estado de éxtasis. Si bien la crítica Peggy Job considera ésta una experiencia que cualquier mujer puede tener en algún momento de su vida, ese episodio sobresale de todos, ya que es el único instante en que Elena expresa un profundo placer. Parece aventurado atribuir a un solo episodio una preferencia no

heterosexual en la protagonista, sin embargo, pienso que puedo sustentar esta propuesta con lo que dice González de Alba, ya que en su opinión, el hecho de tener relaciones sexuales con uno o con otro sexo, no convierte automáticamente a la persona en heterosexual u homosexual, lo que en verdad la puede definir es hacia quien se dirige el amor, independientemente del género sexual al que pertenezca. Si por sus relaciones Elena se puede considerar bisexual, por ser Isabel hacia quien expresa su amor, puede hablarse de una tendencia homosexual que resulta oculta por las múltiples relaciones heterosexuales, fracasadas del personaje.

Las tres relaciones heterosexuales no funcionan, ya sea por culpa de ella, ya de ellos o ya de ambas partes; las únicas en las que Elena parece encontrar su complemento es en las que establece con sus amigas.

Aunque algunas críticas destacan del personaje su faceta feminista, porque abandona a sus parejas masculinas cuando es evidente el deterioro de la relación, pienso que el hecho de que sus mejores y más placenteros recuerdos provienen de sus afectos con personajes femeninos nos permite plantearnos hasta qué punto la base de sus fracasos en las relaciones heterosexuales proviene de no asumir una preferencia sexual que siempre es estigmatizada y no de una posición de ruptura con el otro a causa de su insatisfacción. Desde esta perspectiva, el acto de cerrar la puerta de la casa no nos remite a un acto de libertad, sino a un patrón de conducta que seguirá repitiéndose igual que se repite la escena del principio al final de la novela, en una clara circularidad. Puede haber así dentro de lo oculto, presente en el título y a lo largo de la novela, este conflicto del personaje que resulta constantemente soslayado.

BIBLIOGRAFÍA

- Alberoni, Francesco, *La amistad*, Gedisa, Barcelona, 2001.
- Alfarache, Angela G., *Identidades lésbicas y cultura feminista. Una investigación antropológica*, Universidad Nacional Autónoma de México-Plaza y Valdés, México, 2003.
- Allard, Geniéve y Pierre Lefort, *La máscara*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998.
- Beauvoir, Simone de, *El segundo sexo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1999.
- Beckett, Samuel, *Esperando a Godot*, Tusquets, Barcelona, 1998.
- Beristáin, Helena, *Diccionario de retórica y poética*, Porrúa, México, 1997.
- Burunat, Silvia, *El monólogo interior como forma narrativa en la novela española (1940-1975)*, José Porrúa Turanzas, Madrid, 1980.
- Bussy, Dorothy, *Olivia por Olivia*, Sur, Buenos Aires, (no aparece el año de la publicación en español)
- Castañeda, Marina, *La experiencia homosexual. Para comprender la homosexualidad desde dentro y desde fuera*, Piados, México, 2004.
- Ciplijaukaité, Biruté, *La novela femenina contemporánea (1970-1985). Hacia una tipología de la narración en primera persona*, Anthropos, Barcelona, 1988.
- Eribon, Didier, *Reflexiones sobre la cuestión gay*, Anagrama, Barcelona, 2001.
- Escalante, Evodio, "El silencio en la narrativa femenina", en *Las metáforas de la crítica*, Joaquín Mortiz, México, 1998.
- Forster, E. M., *Maurice*, Seix Barral, Argentina, 1980.
- Freedman, Ralph, *La novela lírica*, Barral, Barcelona, 1972.

- García Morente, Manuel, “La filosofía de Bergson” en *Introducción a la Metafísica. La risa*, Porrúa, México, 1996.
- Genette, Gerard, *Nuevo discurso del relato*, Cátedra, Madrid, 1998.
- Hernández, Juan, “Ser mujer no brinda ventajas o desventajas para destacar en la literatura: Pettersson”, en *Unomásuno*, (México, D.F), 17 de noviembre de 1992, p. 4.
- Humphrey, Robert, *La corriente de la conciencia en la novela moderna*, Universitaria, Santiago de Chile, 1969.
- Laing, Ronald David, *El yo dividido: Un estudio sobre la salud y la enfermedad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994.
- Marquet, Antonio, “Marcas de género en el relato homosexual”, en *¿Qué se quede el infinito sin estrellas; La cultura gay al final del milenio*, Universidad Autónoma Metropolitana- Azcapotzalco, México, 2001.
- Olivier, Christiane, *Los hijos de Yocasta. La huella de la madre*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003.
- Pettersson, Aline, *Estancias del tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003.
- Los colores ocultos*, Grijalbo, México, 1998.
- “Las historias de mis personajes no son historias de ocho columnas”, en *Ruptura y diversidad*, UNAM, 1990, p. 60.
- Pisano, Margarita, “Incidencias lésbicas o el amor al propio reflejo” en *El triunfo de la masculinidad*, <http://www.mpisano.cl/tmasc.html>.
- Prado, Gloria, “El deseo de ser y el esfuerzo por existir: la escritura de Aline Pettersson”, *Mesa redonda en honor a Aline Pettersson, Premio Gabriela Mistral*, El Colegio de México, 1998, pp. 1-7.
- “El cuerpo, la violencia y el género en la escritura de Aline Pettersson y Carmen Boullosa”, *Iztapalapa. Escrituras latinoamericanas del siglo XX* (México, D.F), núm. 52, enero junio de 2002.
- Sartre, Jean- Paul, *La náusea*, Diana, México, 1949.
- Stengel, Erwin, *Psicología del suicidio y los intentos suicidas*, Piados, Buenos Aires, 1958.